



Ayuda a la
Iglesia Necesitada
ACN INTERNACIONAL



CUENTOS PARA PECADORES

*¡Los envidiosos dirán que esta es la Santa Cena, pero no lo es!
Son los personajes de este libro, ven descúbrelos...*

Ilustraciones por: Blanca Arriagada

ÍNDICE

- 1 Un Burro en Domingo de Ramos
- 2 San Pedro Apóstol
- 3 Mi amigo Juan, El Apóstol
- 4 Judas
- 5 La Verónica
- 6 La Oreja de Malco
- 7 María, Quiero Acompañarte
- 8 La Cruz Inesperada de Simón

ÍNDICE

- 9 María Magdalena
- 10 Una Observadora Silenciosa
- 11 Historia de un Fariseo
- 12 Clavos, Madero, Extremo Amor
- 13 El Ladrón Bueno
- 14 En El Santo Sepulcro
- 15 Guardianes de la Redención

INTRODUCCIÓN

POR: CRISTINA BALART

Todo pasa en poco más de tres días. Nuestra salvación, la tuya y la mía, tiene como escenario una Jerusalén atiborrada de peregrinos llegados de todas partes para celebrar la Pascua. Y como personaje principal un **Jesús que entra a la ciudad el Domingo de Ramos** alabado como héroe y que termina la semana crucificado como un delincuente más en el Gólgota. Pero entre un episodio y otro, son muchos los personajes que van surgiendo a medida que se van desarrollando los acontecimientos. Un **Judas** codicioso, **apóstoles** que se duermen en el Huerto de los Olivos, Pedro que niega al Señor por miedo, **Juan** siempre fiel que sigue a Jesús durante todo su juicio, **Pilatos**, **Herodes**, **los soldados romanos**, **el Sanedrín**, **Simón de Cirene**, **José de Arimatea**, **Nicodemo**, **la Virgen Santísima...** y muchos más. San Josemaría recomendaba que, al leer los Evangelios, **fuésemos un personaje más**. Es lo que intentamos en este ebook. Que llegues preguntarte: y yo, **¿quién soy en esta Semana Santa?** Te invitamos a que lo descubras leyendo esta compilación, para que juntos meditemos y vayamos abriendo nuestras almas al Señor, de la mano de cada uno de los actores que acompañaron a Cristo durante su Calvario. Hemos armado este ebook de tal forma que puedas hacer una lectura saltando de personaje en personaje, según esta introducción. Puedes también leerlo en forma secuencial. Lo importante es que te lleve a rezar, como su escritura ayudó a los autores a hacer su oración personal.



UN BURRO EN DOMINGO DE RAMOS

POR: VICTORIA ANDRADE

Soy un burro joven, pero un burro importante, porque vengo de un linaje importante. Mi abuelo llevó a la Sagrada Familia a Belén de Judá, y desde entonces hemos buscado servir de la mejor manera al Mesías. Aunque la verdad, no me siento importante, porque soy un burro y nadie me presta mucha atención.

Y por eso estoy aquí, parado al lado de mi madre, que me ha ido contando todas las historias de mi abuelo. Soy un burro que nadie ha montado aún, y aunque ya me siento fuerte mis amos todavía no me han hecho cargar. Estamos cerca de Betfagé y Betania, al pie del monte llamado de los Olivos, sin que nadie nos tome en cuenta.

Entonces, llegaron dos hombres apurados. Muy apurados, estaban buscando algo o a alguien. Y entonces uno de ellos me vio y me llamó, el otro me desamarró. Unas personas les preguntaron: pero ¿qué están haciendo? ¿a dónde llevan a ese burro? Y ellos contestaron: el Maestro lo necesita, enseguida lo enviará de vuelta. Y me llevaron con ellos.

¿A dónde me llevan? ¿Quién es el Maestro?, pensé.

A pesar de estar yendo a un sitio desconocido, sentí paz y tal vez un poco de anticipación, me necesitaban, a mí. Claro que sí. Y entonces escuché su voz, que me inundó como inundan los rayos una habitación oscura.

Con mucho cariño me acarició, y mientras sus amigos me cubrían con telas para que Él se pudiera sentar, yo sentí amor de verdad. Y me puse muy contento porque reconocí su importancia. Recordé cuando mi madre me contaba que mi abuelo llevó al Mesías a Belén y después a Egipto. Y ahora estoy seguro de que el Maestro que llevo en mis lomos es ese bebé que llevó mi abuelo.

¡Qué dicha inmensa que en una sola familia podamos servir a Dios! Pero,

¿por qué me eligió a mí? Siento que no soy digno de llevarlo, soy muy joven, y un rey se merece un gran caballo, de pura sangre. No un burrito humilde y pobre. Por eso, resuenan las palabras de la Escritura, que hasta los burros co-

nocemos, ¡Alégrate mucho, hija de Sión! ¡Grita de júbilo, hija de Jerusalén! Mira que tu Rey viene hacia ti; Él es justo y victorioso, es humilde y está montado sobre un asno, sobre la cría de un asna.

La vocación

Este maestro me escogió, porque es pobre y humilde como yo. Porque

quería llevar un mensaje de paz a quienes lo ven, y en un gran caballo, se pierde esa cercanía con las personas. Y habían muchas personas, todos venían a la pascua en Jerusalén, y buscaban encontrarse con el hombre que llevaba yo en mi lomo.

Le decían hosanna, bendito el que viene en nombre del Señor. Le lanzaban palmas y hojas, le hacían reverencias y hasta se abrían dentro del tumulto, para darle paso. Fue una escena impresionante.

Se acercaron unas personas, no parecían humildes como el Maestro, sino orgullosas y aparatosas. Le reclamaron, le dijeron que reprendiera a sus discípulos. Pero el Maestro les dijo que si ellos callan, entonces hasta las piedras clamarían. Los fariseos se fueron muy molestos. Y yo pensé, *¿qué autoridad tiene mi Maestro sobre todos los hombres?*

Poco tiempo después, cuando subimos a un monte, lo escuché llorar. Lloró por Jerusalén, por el futuro de la ciudad y por sus habitantes. ¡Qué duro escuchar llorar a un hombre tan bueno, tan puro y tan divino!. Cada lágrima que caía sobre mi lomo la quería guardar y quería acompañarlo en su tristeza. Pero, *¿qué puede hacer un pobre burro para aliviar el peso del mundo que lleva el Mesías?*

Esa tarde me llevaron de vuelta a mi hogar y me amarraron a la entrada del pueblo. Jesús se despidió con un gran abrazo y me dio un higo muy rico. Me agradeció por llevarlo. Nadie nunca me había tratado como Él, me sentí feliz. Su entrada a Jerusalén había sido triunfal y grandiosa, conmigo bajo sus piernas. Pensé, *¿qué gran futuro le espera a este hombre? ¿Será rey? ¿Comenzará un nuevo pueblo?*

Unos días después, en la madrugada del viernes, me volví a encontrar con Jesús. Ahora que ya servía para la carga, llevaba mercancías para el mercado cuando lo vi. Estaba todo ensangrentado, con una corona de espinas, desnudo, pero me reconoció y antes de que lo obligaran a cargar una cruz, me sonrió y pensé, *¿qué mal pudo haber hecho el hombre más bueno que he conocido?*

Quise ayudarlo con el peso, darle un relincho de apoyo, acompañarlo en su sufrimiento. Pero solo pude verlo pasar.

Enseguida vino a mi pobre inteligencia una luz muy clara: *Jesús quiso que al inicio de su vida y al final de la misma un burro fuera testigo de su humildad, para que muchos hombres luchen por vivir esta misma virtud.*

SAN PEDRO APÓSTOL

POR: MAGDALENA SANTA CRUZ UNDURRAGA



Una vez me dijeron estas palabras, buscad la verdad en la dulzura de la amistad. Eso me pasó a mí.

Me llamo Marcos, soy hijo de María. En nuestra casa se reunían los primeros seguidores de Jesús. De hecho, mis padres prestaron la casa donde el maestro celebró la última cena. Por esas coincidencias conocí a Simón que después sería nombrado como Pedro.

Jesús mandó a sus apóstoles a predicar de dos en dos. Y yo aprendí a conocer a Jesús a través de Pedro. Dicen que el propósito de la amistad no es solo el amor mutuo, sino amar a Dios a través del otro.

Mientras más me hacía amigo de Pedro, más me acercaba al amor de Dios. En mí crecía un afán evangelizador que me quemaba por dentro: no podía dejar de contar las maravillas que hacía Jesús por nosotros. Gracias a Él, me convertí en apóstol de la buena nueva y escribí el evangelio que lleva mi nombre.

Pedro no solo fue mi pastor, quien guió mi camino para ser discípulo de Jesús y cabeza de la Iglesia, sino también mi amigo y compañero.

La cabeza de la iglesia

Jesús le puso a Simón el sobrenombre de Pedro, al señalar cómo se vería la «piedra» (petra en latín) sobre la que habría de edificar su Iglesia.

Pedro carecía de estudios, pero pronto se distinguió entre los apóstoles por su fuerte personalidad y su cercanía al Maestro, erigiéndose frecuentemente en portavoz del grupo.

Pedro era sencillo, generoso e impulsivo en sus intervenciones, que demostraron a veces una incomprensión del auténtico mensaje del Maestro, por

lo que tuvo grandes retos. A pesar de eso, Jesús, mostró por Simón una predilección que aparece patente desde el primer encuentro.

En Cesarea de Filipos, al noreste del lago Tiberíades, Pedro afirmó la divinidad de Jesús diciendo, tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo (Mt. 16, 16).

Jesús admirado le dijo, bienaventurado eres tú, Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado eso la carne y la sangre, sino mi Padre que está en los cielos.

Pedro negó a Jesús

Pedro me habló de cuando negó a Jesús. Lo que más recuerdo fue su mirada, me dijo. Que a pesar de su debilidad y de su vergüenza Jesús lo abrazó con su mirada. No lo juzgó sino que lo sostuvo en la debilidad. Esto fue lo que me contó en casa de mis padres:

Estaba nervioso, preocupado. Los sucesos pasaron vertiginosamente: los olivos, la defensa de Jesús con resultados sangrientos donde mi espada dejó al sirviente Malco con una oreja colgando. Pero seguido Jesús la sanó y me reprendió diciéndome, vuelve tu espada a su sitio, porque todos los que tomen la espada morirán.

De esta forma enseñaba la paz como forma de obrar cristiana, me dijo Pedro quien prosiguió:

Luego aprendieron a Jesús y lo condujeron a casa de Anás quien era suegro de Caifás, sumo sacerdote de aquel año. Después Anás envió a Jesús atado a Caifás por los sitios más despoblados para evitar que fuera liberado.

Logré entrar al atrio de la casa de Caifás. Mi corazón estaba desolado al ver a Jesús atado. Era la hora del juicio injusto. El Cordero de Dios se inmolaría

por la humanidad.

Pedro me dijo que sintió como si él estuviera condenado a muerte, además de miedo, frustración y la inseguridad al ver que se desmoronaba todo. En ese momento no se acordó de escuchar su corazón y se dejó sumir por la angustia.

Era una noche muy fría. Pedro estaba en el patio entre servidores y mujeres quienes jugaban y reían alrededor de un fuego ignorando lo que pasaba.

Pedro se mantenía callado. Apenas tenía fuerzas más que para acercar sus manos al fuego. Pensó, estar callado en medio de todos, en aparente aislamiento, quizás era lo más prudente. Pero la luz del fuego lo delató.

La portera, que no le había perdido de vista desde que entró, lo reconoció y le dijo, también tú debías estar con Él.

Sentí un frío húmedo, y me alteró por completo, y respondí mecánicamente, vamos mujer, ni siquiera entiendo lo que hablas.

El gallo se escuchó por primera vez.

Crepitó la chispa, se alzaron llamas azules y las sombras de aquellos

hombres danzaban en los muros.

Pedro buscó el refugio de una pilastra; quiso retirarse, pero ya estaba descubierto. Las miradas se clavaban en él, y de todas direcciones saltan estas palabras: tú, también estabas con Jesús, el Nazareno.

Pedro rechazó la imputación como si fuese un insulto. Cada vez más agitado, no sabía qué hacer, porque la penumbra era para él tan peligrosa como la claridad.

Algún movimiento repentino en las galerías logró distraer la atención. Pasó una hora y Pedro empezaba a tranquilizarse y de nuevo se había reunido con los que se calentaban junto al gran brasero. En esta ocasión tomaba parte en la conversación aparentando indiferencia y seguridad.

Sin poderlo remediar, su manera de hablar y su acento le traicionaron. En realidad, un galileo delataba su origen con sólo abrir la boca. Pero no lo podía disimular.

Un pariente de Malco se encaró con él, y le dijo: ¿Crees tú que no te vi con Él en el huerto?

Pedro, abrumado, lejos de confesar la verdad, se encasquilló en sus negaciones, gritó, protestó, y afirmó: En mi vida he conocido a este hombre.

Pedro me dijo, que sus oídos oyeron al gallo por segunda vez, y en ese momento, vio pasar a Jesús y cruzaron sus miradas. Recordó lo que le había dicho Jesús, antes que el gallo cante dos veces me negarás tres veces.

En vez de retarlo y decirle, ¡te lo advertí!, su mirada era de amor y comprensión como si le dijera:

Estoy aquí, en tu lamento. Estoy aquí, en este eco. Acuérdate de ayer, estoy aquí, siempre en este trozo de pan... para siempre.

Con esa convicción, Pedro se convirtió en la piedra de la Iglesia.
En verdad yo, Marcos, cuán privilegiado soy de ser amigo de Pedro.

MI AMIGO JUAN, EL APÓSTOL

POR: CRISTIÁN SAHLI LECAROS



Ayer recibí la triste noticia de la muerte de mi viejo amigo Juan, uno de los doce apóstoles de Jesús. Me asombré de haberlo sobrevivido y siento la necesidad de escribir mis recuerdos de él.

Mi nombre es Jacobo y fui compañero de Juan en la escuela rabínica de Cafarnaúm. Él era hijo de Zebedeo, un pescador del lago de Genesaret, y su madre se llamaba Salomé. Tenía un hermano mayor, Santiago, que también fue apóstol de Jesús. Eran muchachos de carácter fuerte. Recuerdo que cada cierto tiempo recibían una reprimenda del rabino por haber iniciado una pelea entre ellos o con otros alumnos. En todo caso, destacaban por ser buenos estudiantes, conocedores de la Ley de Moisés y de los otros escritos.

Santiago y Juan se sumaban al bote de su padre en sus tiempos libres y eran avezados pescadores. Muchos días se levantaban de madrugada para adentrarse en el lago antes de ir a la escuela. Las veces que Juan me invitaba y nos iba bien, comíamos por las tardes los pescados preparados por su madre. Una delicia difícil de olvidar.

Los hijos de Zebedeo y Salomé eran agraciados. Mi hermana me comentó una vez que los cuchicheos de sus amigas acababan siempre centrados en ellos. La mayoría opinaba que el mejor partido era Juan, por su carácter más abierto y simpático. No era ningún misterio que tenía un gran corazón; quizá por eso era tan apasionado. A sus dieciséis años ya estaba loco por Miriam, la chica más bonita del barrio. Durante los días de verano los había visto hablar bastante, era notorio que se admiraban y aspiraban a ser novios.

Mi amigo Juan tenía muchos intereses y escuchaba con gusto a oradores, cuentacuentos, mensajeros y a quien tuviera algo interesante que decir. Le emocionaba especialmente lo que tenía que ver con la llegada del Mesías prometido a Israel. En ese tiempo, conoció a un profeta que se llamaba como él y bautizaba en el río Jordán, por lo que le decían "Juan, el Bautista".

Con frecuencia me invitaba a conocerlo y escucharlo, diciéndome que era un verdadero profeta. Pero yo no le creía, y le replicaba: “¡Son tantos los que se consideran profetas! ¡Solo transmiten mensajes extravagantes! ¡No me interesa!”.

Poco tiempo después, una mañana de primavera, vi que Juan se me acercaba con una sonrisa de oreja a oreja. Aunque era un chico alegre y sonriente, nunca lo había visto tan feliz como entonces.

–¡No me vas a creer! –exclamó tras saludarme.
Lo miré con gesto curioso, para que me contara. Él respiró profundo para intentar contener su emoción, y me dijo:

–¡Ayer estuve largo rato con el Mesías!
Casi se me salen los ojos de las órbitas al oír sus palabras. De inmediato, le pregunté:

–Amigo, ¿estás en tu sano juicio? ¿O te has vuelto loco? ¡Solo los dementes dicen que han visto al Mesías!

Él me respondió sereno y complacido:

–Estoy en mi sano juicio y he visto al Mesías. Déjame explicarte.

–Adelante –le dije intentando ocultar el temblor de mi voz ante lo que me

parecía un delirio.

Juan habló con pausa y seguridad:

–Ayer estaba en Betania, al otro lado del Jordán, junto a Andrés, en el lu-

gar donde Juan bautizaba. Delante de nosotros pasó un hombre joven al que el Bautista indicó como el Cordero de Dios. Andrés y yo, al oír que lo llamaba así, decidimos seguirlo. De pronto, el hombre se volvió y al vernos, nos preguntó: –¿Qué buscan? Nosotros le respondimos: –Maestro, ¿dónde vives? Él nos dijo: – Vengan y verán. Fuimos y nos quedamos con Él ese día. ¡Fue la experiencia más maravillosa que he vivido!

Miré a mi amigo con desconfianza.

–¿Y qué prueba hay de que sea el Mesías? –le pregunté– ¿No será uno de los tantos maestros que brotan como setas en Israel y se autoproclaman mesías?

Mi amigo sonrió.

–¡Te equivocas! –me respondió– ¡Antes de que habláramos con él nos conocía perfectamente a mí y a Andrés!

–¿Cómo puede ser eso? –le pregunté curioso.

–Jesús –que así se llama el Mesías–, nos llamó por nuestros nombres, como si fuésemos hermanos o amigos suyos de toda la vida. Nos explicó que venía a cumplir una misión que le había confiado su Padre, que traía la salvación divina a toda la humanidad y no solo al pueblo de Israel.

Eso me sonó verdaderamente extraño, pero no alcancé a interrumpirlo porque siguió hablando con gran entusiasmo:

–¡Nos dijo que necesitaba formar un grupo de doce apóstoles para que estén con Él y lo acompañen en esa tarea! Luego, mirándonos con inmenso cariño, llamó a Andrés y después a mí.

A esas alturas pensé que mi amigo se había golpeado la cabeza, por eso le pregunté:

–¿Has salido a pescar esta mañana? ¿Estás seguro de que no has tenido un accidente? ¿Quizá has tropezado y te has dado con la cabeza en el muelle o te han pegado con un remo?

Juan soltó una larga carcajada.

–Tienes razón, Jacobo, es seguro que algo me ha golpeado –respondió–.

Percibo que mi vida es distinta después de haber conocido al Maestro, ahora está llena de sentido. Me inunda una gran paz al saber para lo que he sido creado por Dios.

Yo lo miraba cada vez más preocupado.

–¿Para qué? –le pregunté secamente.

–¡Para ser un apóstol de Jesús! –respondió él haciendo un gesto de que

la respuesta era evidente.

–¡Jesús! –exclamé confundido y desconcertado– ¡Hay cientos de hombres en Galilea que se llaman Jesús!

–Y uno solo que es el Mesías –apostilló mi amigo convencido–.

Esta mañana me vio en la barca remendando las redes junto a Santiago.

Nos dijo que fuéramos tras Él y nos haría pescadores de hombres. Nosotros, dejando a nuestro padre con los jornaleros, lo seguimos de inmediato.

Mi desconcierto fue tan agudo, que me llevé las manos a la cabeza y me froté la cara con ellas.

–¡No entiendo nada! –exclamé– ¡No sé qué te ha pasado, Juan! ¿Cómo pudo haberles lavado el cerebro ese charlatán?

–Es comprensible que pienses así si aún no lo conoces –me respondió–. Apenas pueda te lo presentaré y verás que todo es cierto.

No llegué a conocerlo a Jesús porque se marchó al día siguiente y Juan con él. Tampoco puse empeño por buscarlo, estaba seguro de que a mi amigo lo habían engañado o se había dejado embaucar.

Tiempo más tarde me contaron que Jesús recorría todas las aldeas predicando en las sinagogas y curando a quienes tenían dolencias y enfermedades; sin embargo, no creí que eso fuera posible.

Poco después, mi familia decidió trasladarse a Fenicia, a la ciudad de Tiro. A mi padre le habían ofrecido por tres años un excelente trabajo.

Antes de partir, encontré a mi amigo Juan por casualidad. Me contó que era feliz siguiendo a su Maestro y que había acogido la invitación de Jesús a ser célibe por el reino de los cielos.

–¿Célibe? –le pregunté extrañado– ¿Has dejado a Miriam?

–Sí, célibe, como Jesús –me dijo–. Llevé a Miriam a conocer al Maestro y fue Él quien le explicó lo que necesitaba de mí. La pobre chica lloró al principio. Jesús la consoló diciéndole que Dios era un buen pagador. Le explicó que más adelante ella también vería su vocación y sería muy feliz.

No supe qué decir.

Juan me animó con una sonrisa y me aseguró que era fácil confiar en

Jesús después de conocerlo. Me dijo que esperaba que en algún momento pu-

diera verlo...

Pero no volví a saber de mi amigo ni de su Maestro hasta cuatro años más tarde cuando regresamos de Tiro a Cafarnaúm. Pensé que toda su novelesca historia se había desvanecido, que había vuelto a la pesca, se había casado con Miriam y ya tenía una preciosa familia.

Estaba completamente equivocado.

Me explicaron que a Jesús lo habían crucificado en Jerusalén, después

de la traición de uno de sus apóstoles, de un largo juicio y de atroces tormentos. Los once apóstoles restantes lo habían abandonado, pero luego se habían arrepentido y sostenían que había resucitado de entre los muertos. Más tarde, dijeron que había ascendido al cielo y que les tocaba a ellos predicar las enseñanzas del Maestro. Para llevar a cabo esa tarea se repartieron por la geografía conocida y Juan se trasladó a Éfeso.

No supe nada nuevo durante muchos años. Lo más reseñable de ese periodo es que triunfé en los negocios porque había aprendido mucho de los fenicios. Algo tarde me casé con Ester que fue siempre muy buena y amable conmigo. No pudimos tener hijos. Ella murió hace tres años y la extraño mucho. Ahora vivo solo y estoy jubilado.

Unos meses atrás, llegaron a mis manos unos escritos cristianos. Me sorprendí de que hablaran de Jesús, pero más todavía al descubrir que habían sido redactados por mi viejo amigo Juan. Leí con atención su testimonio de la vida del Maestro y sus tres cartas. Del último libro, llamado Apocalipsis, entendí poco y nada.

Supe que Juan aún estaba vivo y se encontraba en la Isla de Patmos. Me decidí a visitarlo. Era un viaje largo y costoso, pero me sobraba el dinero y me quedaba algo de ánimo.

Después de varias semanas llegué a la isla y di con él. Me recibió con gran alegría y un caluroso abrazo. Hablamos mucho y bebimos excelentes infusiones. Le conté mis penas: la pérdida de Ester y mi soledad por la falta de hijos; también le confesé que mis ahorros y posesiones no servían para aplacar la ausencia de personas que me amaran. Él me consoló y me recordó que podía usar lo mío para el bien de los demás.

Le pedí que me hablara de su vida. Me dijo que se sentía alegre y sereno. Su vocación le había dado una existencia plena. Me habló de su sacerdocio: podía abrir las puertas del cielo con el bautismo, hacer venir al mismo Jesús en un pedacito de pan, perdonar los pecados, transmitir su misión a otros y ungir a los enfermos.

Tuve la tentación de pensar que su locura era irreversible, pero me miraba con un cariño tan grande y salía de él una fuerza de paz tan poderosa, que comprendí de golpe que era yo el equivocado. Me sentí profundamente removido y mis ojos se esforzaron por contener las lágrimas. Él lo advirtió y me explicó:

—Es el sacerdocio de Jesús el que obra en mí. No olvides que yo soy tu amigo Juan, el que peleaba con todos, el malhumorado, el que deseaba el primer puesto en el Reino, el que escapó de miedo en el Huerto de Getsemaní, el que...

Me quedé pensativo largo rato. Luego me despedí de él con un abrazo.

Al día siguiente, regresé un momento a su casa y le dije:

—Amigo Juan, he reflexionado sobre la lectura de tus libros y nuestra lar-

ga conversación. Estoy arrepentido de no haber buscado a Jesús ni haberme interesado por conocer sus enseñanzas. Pensé que Él y tú estaban locos, pero me he dado cuenta de que el perdido era yo. Me gusta el prólogo de tu evan-

gelio, sobre todo cuando dices: “Pero a cuantos lo recibieron les dio la potestad de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre, que no han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni del querer del hombre, sino de Dios”.

Juan me miraba sonriendo.

–Deseo nacer de Dios –le confesé.

Mi amigo me abrazó.

–El que obra según la verdad viene a la luz –musitó, parafraseando su

evangelio.

Pospuse mi partida. Nos quedamos juntos ese día y me explicó con detalle lo que significaba el bautismo. Me preguntó si se me arrepentía de mis pecados. Yo asentí a todo. Luego caminamos hacia un río y me bautizó. Al día siguiente, inicié el viaje de regreso a Palestina inundado de felicidad. Antes de subir al carro pregunté a Juan por curiosidad:

–¿Y Miriam?

Con el mismo gesto de paz, me respondió:

–Murió como una santa hace ya muchos años.

JUDAS

POR: CRISTINA BALART



La soga apretaba rápidamente su cuello desde que había quedado con los pies en el aire... sin apoyo. Lo que había hecho no tenía perdón. Literalmente, había vendido a Jesús por 30 monedas de plata.

Se repetía en la cabeza que no debió haber nacido. Maldito el día en que su madre lo había dado a luz. Así se referirán a él en el futuro, no lo dudaba.

Ahora mientras se iba quedando sin respirar, se preguntó: ¿En qué momento me perdí? ¿Cuándo dejé de ver al Señor como el Hijo de Dios? ¿Por qué dejé de creer?

Ya sin tiempo recordó sus juicios críticos en el último año, sus respuestas cuando Jesús le invitaba a caminar junto a Él para conversar más íntimamente y cómo rehuía cada acercamiento. ¿Por qué no fue sincero? ¿Por qué no planteó sus dudas? Orgullo. Su maldito orgullo y la herida que sólo dejaba de doler cuando todo estaba bajo su control, cuando todos sabían que él, Judas Iscariote, estaba a cargo.

El placer del poder... todos lo necesitaban porque administraba la bolsa. Ni Mateo, antiguo publicano, discutía. ¿Servir? ¿Ser el último? ¡Qué tonterías había empezado a predicar Jesús! había reflexionado entonces. En este instante se arrepentía: ¿Qué sentido había tenido vivir para sí? ¿De qué servían los halagos, los perfumes, los convites, los palacios si la podredumbre de la muerte inevitable para cada hombre lo dejaba solo en ese último momento?

Había errado. El Señor lo había ungido como elegido y había repetido el "Non Serviam", de los ángeles caídos. Sin cuidar ese amor primero por el Señor, lo terminó traicionando. Podrido, sucio y con la soga al cuello Judas desesperaba aguardando la muerte por ahorcamiento.

No son los sanos los que necesitan al médico sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores, para que se conviertan, recitó

Judás en su interior.

¡Jesús estás aquí! Se ahogaba pero sentía la presencia del Señor que le invitaba... ¿a qué? Si Él ya no podía hacer nada... se estaba quitando la vida... Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento, escuchaba que decía Jesús.

¡Señor, pequé, ten piedad y misericordia de mí! gritó en su interior, pues su lengua inflamada lo estaba matando. Cerró los ojos con la serenidad de quien se sabe esperado y amado. A pesar de su infinita gran miseria.

LA VERÓNICA

POR: AVELINA PONCE



Mi historia fue poco conocida aproximadamente hasta el siglo VII.
Mi vivencia junto a Jesús no fue relatada en los evangelios, sino que fue

transmitida de generación en generación formando parte de la tradición católica. Se preguntarán entonces: ¿cómo es que hoy protagonizo la sexta estación del Vía Crucis?

Aquí les voy a contar.

Tuve el privilegio y la bendición de vivir en la zona de Jerusalén en aquellos años cuando Jesús recorrió este territorio predicando su evangelio, sanando a los enfermos, expulsando a los demonios y compartiendo sus enseñanzas sobre el infinito amor de Dios. Fueron tiempos dichosos. Podría decir que pertenecí a un grupo de mujeres, seguidoras de Cristo, convencidas de vivir según sus mandamientos, que recorrimos su camino con la inmensa felicidad de escucharlo y aprender. Nos llamaban las mujeres piadosas de Jerusalén.

Mi nombre real no es Verónica, como fue revelado por Nuestro Señor Jesucristo a la Beata Ana Catalina de Emerick. Mi nombre real es Seraphia.

Mi relación con la Sagrada Familia fue cercana desde los primeros años de la vida de Jesús, pues participé en la búsqueda de Nuestro Señor, cuando de regreso a Jerusalén se perdió y fue hallado en el templo. Este hecho también fue revelado, por gracia de Dios, a Ana Catalina de Emerick. Esta parte de mi historia es muy poco conocida aún.

Ambos nombres con los que me identifican tienen un significado especial. Seraphia, proviene de serafín o ángeles que arden de amor, y es que así fue mi vida cerca de Jesús, mi corazón ardió de amor por el Señor. Por su parte, Verónica proviene del griego “vera icona” o verdadera imagen, que recuerda el prodigio realizado por Jesús en el momento que enjuagué su rostro herido camino al Calvario y su faz quedó impresa en mi velo.

Durante la vida de Cristo

Desde que conocí a ese pequeño y perfecto niño supe que tenía frente a

mí al Mesías. Su mirada irradiaba amor, ternura, compasión, era profunda. Desde entonces fui cercana a Él y a la Sagrada Familia. Lo seguí a donde más pude, no encontraba más dicha que escucharlo, sentir su cercanía y deleitarme en su presencia.

Aquel Jueves Santo, al anochecer, cuando conocí la noticia de la aprehensión de Jesús, mi corazón se llenó de dolor. ¿Cómo es que apresan a Nuestro Señor? ¿Qué de malo ha hecho, si su vida la ha dedicado a predicar el amor, a asistir a los necesitados, a sanar a los enfermos? ¿Están tan ciegos y con el corazón tan duro que no reconocen al Mesías, que no ven al verdadero y único Salvador? Inmediatamente, junto a las Santas Mujeres, salimos a acompañar a la Santísima Madre, a seguir de cerca el terrible juicio a nuestro Señor.

Atónita miré y escuché como muchos de quienes lo siguieron pedían su condenación; y cómo sus corazones se habían dejado contagiar por el clamor del tumulto. Otros temían ser perseguidos y señalados por ser seguidores del Señor. También vi como muchos otros actuaban indiferentes, como simples espectadores, ajenos al dolor del Señor, quien estaba dando su vida por ellos. Y claro, había otros muchos, consumidos por el odio, que nunca encontraron en Jesús al Salvador, que no quisieron recibir el amor de Dios y que aquel día, aquel Viernes de Dolor, gritaban: crucifíquenlo, crucifíquenlo.

Junto a las Santas Mujeres y a la Santísima Virgen, fuimos recorriendo paso a paso el camino al Calvario. Podría decirles que el primer Vía Crucis lo dirigió Nuestra Señora. El rostro de Jesús estaba bañado en sangre y sudor. Su cuerpo flagelado cargaba aquella pesada cruz. Pero Él seguía, parecía no tener fuerzas, pero con su mirada amorosa seguía cargando la cruz.

Al verlo pasar, mi corazón no pudo contenerse más, ¿cómo podían hacer

esto al Salvador? Vi en Él, en su semblante de dolor y de abandono, a todos aquellos seres indefensos y necesitados que sanó, que rescató y que acompañó. No dudé un segundo y salí a su encuentro, quería ayudarlo, así sea con el sencillo acto de limpiar su rostro. No entendía cómo nadie quería ayudarle, cómo nadie se compadecía de Él.

Al acercarme, una vez más me inundó su dulce mirada, la mirada de Dios. Saqué mi velo y con él limpié su rostro. Fui apartada bruscamente por uno de los soldados, no concebían que un "criminal" fuera asistido. Aferrada a mi velo regresé al lugar donde todos veían pasar a Jesús y fue entonces cuando se manifestó el gran prodigio: el rostro sagrado de Jesús había quedado estampado en mi velo.

Mi alma que en esos momentos estaba llena de dolor, se llenó de consuelo y paz; Jesús me había dejado su huella. Esta era la certeza de sus promesas, de que estaría junto a nosotros hasta el final. Seguí el camino hasta el Calvario, acompañé a Jesús hasta su último suspiro. En ese entonces, pocos conocieron sobre el milagroso hecho del rostro del Señor en mi velo.

Después de la Resurrección y portando mi velo, salí a contar a los demás las enseñanzas de Jesús. ¿Cómo podía guardarlo todo sólo para mí? El amor de nuestro Señor no podía dejar de compartirse. Cada vez que veía al necesitado, cada vez que veía dolor, me encontraba nuevamente con Jesús camino al Calvario.

Así es como poco a poco la noticia del milagro de mi velo se conoció. Fue entonces cuando llegué a Roma que el Emperador Tiberio fue milagrosamente sanado al tocar el sagrado velo. Desde aquellos días, y hasta el presente, el velo ha sido venerado y es conocido como la Santa Faz. Jesús no sólo imprimió su rostro en mi velo, lo hizo también en mi corazón, transformando mi vida desde el momento en el que lo conocí.

Salir al encuentro del Señor hace que el corazón humano se parezca un poquito más al suyo, la cercanía con Jesús siempre dejará una bella huella. Si pudiese revivir aquel Viernes Santo, no dudaría en volver a acompañar a Nuestro Señor, en salir a su encuentro, en caminar junto a Él al Calvario.

LA OREJA DE MALCO, GUARDIA DEL TEMPLO

POR EL: PADRE JUAN CARLOS VÁSCONEZ



Desde mi juventud, mi destino estuvo ligado al servicio del Templo de Jerusalén. Provengo de una larga línea de guardianes del recinto sagrado, una tradición que se remonta a generaciones atrás. Mi familia y yo nos hemos dedicado a proteger y mantener el orden en este lugar venerado por nuestro pueblo.

Recuerdo claramente los días de preparación para convertirme en guardia del templo. Desde niño, fui instruido en el manejo de armas y en las técnicas de vigilancia necesarias para salvaguardar la paz del lugar sagrado. Mi padre y mi abuelo me enseñaron el valor del servicio y la importancia de cumplir con nuestro deber con diligencia y honor.

Desde que llegaron los romanos no podemos usar armas, y nuestro trabajo se ha hecho un poco más difícil, con palos y porras. Ante el pueblo tenemos bastante prestigio, nos hacen caso para que las cosas en el templo funcionen mejor.

Me llamo Malco, siempre he sido temeroso de Yahvé. Mi lealtad ha sido recompensada, desde los tiempos de Anás, he sido siervo de máxima confianza del Sumo Sacerdote, y ahora con Caifás mi responsabilidad se volvió indiscutible.

Demasiado para el Sanedrín Entre los guardias había mucho nerviosismo desde algunos días antes

cuando uno de los nuestros contó que había visto a Judas, uno de los seguidores más cercanos de Jesús, entrar sigilosamente para hablar con los representantes de los levitas.

Si son días que solemos estar especialmente con los sentidos despiertos; esta vez, la tensión llegó a su máximo límite después del recibimiento en las puertas de Jerusalén, cuando montado en un asno, Jesús fue aclamado como

Rey y Mesías por parte de sus seguidores, extendiendo mantos, ramos de olivo y de palma a su paso y aclamando: ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas! Eso fue demasiado para el Sanedrín.

El día llegó, el jueves de la Pascua por la noche, después de la Cena del sacrificio, apareció Judas. Recibí una instrucción del mismo Caifás, como representante personal de la máxima autoridad religiosa de aquel tiempo, me ponía al frente de la guardia para arrestar a Jesús en el Huerto de los Olivos.

Mi posición de confianza me llevó a dirigir a los demás guardias, siguiendo de cerca a Judas. Se notaba su nerviosismo, no sabía como actuar; pero, nos dijo que debíamos apresar y no dejar escapar a aquel al que saludara con un beso.

La noche del prendimiento de Jesús en el Huerto de los Olivos fue una de las más tensas de mi vida. Jerusalén estaba abarrotada de peregrinos que acudían para celebrar la Pascua, y se sentía un ambiente cargado en toda la ciudad.

En el Huerto de los Olivos

Emprendimos el camino, Judas nos condujo. Nos seguía un nutrido gru-

po de fariseos y escribas, que llegaron al huerto con la intención de sumarse a nuestro grupo armado, listos para enfrentar cualquier desafío que se presentara. Las instrucciones de Caifás fueron clarísimas, no podíamos volver sin el galileo. La noche estaba envuelta en un aura de anticipación y nerviosismo mientras avanzábamos hacia el lugar designado.

Nunca olvidaré el momento en que nos encontramos cara a cara con Jesús. Su presencia irradiaba una paz y una autoridad que me dejaron sin aliento. Ya lo había visto de lejos cuando predicaba en el templo, siempre me llamó poderosamente la atención, pero esta vez había una solemnidad espe-

cial, como si estuviera esperando este momento desde hace mucho tiempo.

Recuerdo que cuando nos estábamos acercando fue el mismo Jesús quien preguntó: ¿qué buscan?. Uno de los fariseos gritó: a Jesús Nazareno. Él respondió con una simple afirmación: Yo soy. En ese instante, sentí que una fuerza invisible nos derribaba al suelo, dejándonos atónitos y humillados. Ese es el nombre de Dios, nadie lo debe pronunciar. Esto ocurrió dos veces. No sabía- mos cómo actuar.

Ataque inesperado

Pero en ese momento el caos se desató cuando Pedro, uno de los discí-

pulos de Jesús, el que hacía de cabeza entre ellos, desenvainó una espada y nos atacó. Como estaba al frente de los demás dirigiendo la comitiva, el golpe me cayó a mí. En medio del tumulto, fui herido en la cabeza, sentí cómo mi ore- ja era cercenada por el filo del arma. El dolor y la confusión se apoderaron de mí; pero entonces, ocurrió algo que cambiaría mi vida para siempre.

Jesús se me acercó con compasión y bondad. Con un simple gesto, tomó mi oreja herida y la sanó, devolviéndome la integridad física y emocional. Su misericordia me conmovió hasta lo más profundo de mi ser, y en ese momento supe que estaba frente a alguien extraordinario, alguien que trascendía las limitaciones humanas.

Al regresar a casa esa noche, reflexioné sobre lo que había presenciado. El encuentro con Jesús en el huerto había dejado una marca indeleble en mi corazón. A partir de entonces, mi vida estaría marcada por la memoria de aquel momento, por la gracia y la compasión que experimenté en la presencia del Hijo de Dios.

Jesús es arrestado

Mientras Jesús era arrastrado hacia la casa de Anás, una sensación de profunda confusión se apoderaba de mi corazón. Como siervo del sumo sacerdote, me encontraba en el centro de un acontecimiento que desafiaba mi comprensión y agitaba mi alma.

Ver a Jesús, el Maestro al que muchos seguían con devoción, siendo conducido con violencia por las calles de Jerusalén; despertaba en mí una mezcla de emociones encontradas: temor, asombro y una profunda inquietud espiritual.

Entre el tumulto de la multitud que rodeaba a Jesús, mientras avanzábamos hacia la casa de Anás, aumentaba mi desconcierto. Las voces que clamaban por su condena resonaban en mis oídos, mientras intentaba comprender el motivo detrás de este acto de violencia contra alguien que había enseñado el amor y la compasión.

La confusión reinaba en mi mente, y aunque seguía mis deberes como guardia del templo, mi espíritu se debatía entre la lealtad a mis superiores y la búsqueda de la verdad y la justicia.

Al llegar a la casa de Anás, el ambiente sombrío y tenso me envolvía, intensificando aún más mi confusión interior. Observar a Jesús enfrentarse a los líderes religiosos despertó en mí un profundo conflicto moral.

Mientras presenciaba el juicio injusto y los intentos de acusación fabricada contra Él, mi corazón se estremecía ante la injusticia y el abuso de poder. En medio del caos y el desconcierto, me aferraba a la esperanza de que la verdad prevalecería; aunque, en aquel momento todo pareciera estar envuelto en tinieblas y dudas.

Fue en ese momento que decidí volverme uno de sus seguidores, aunque no pude llevarlo a la práctica sino hasta varios meses después.

Cada vez que toco mi oreja, recuerdo la gran misericordia que tuvo conmigo, y siento la necesidad de escuchar su Evangelio, su Buena Nueva y llevarla a muchos más.

MARÍA, QUIERO ACOMPañARTE EN TU AGONÍA

POR: ALAN LUGMANIA



En medio del tumulto, del ruido, el Maestro cae. A su lado, un poco apartada, está María. Su corazón de madre traspasado. Su lógica humana quisiera detener todo. Pero María entendió el amor, entendió el amor que su hijo mismo le ha enseñado. Mi reina de Dolores permíteme caminar contigo y que tu corazón traspasado sea consolado meditando en las grandezas de tu amor.

Meditar en tu vida oh, María, es meditar en lo que Dios quiere de mí. Eres la criatura que más gracia halló delante del Creador. La historia de la Redención, la historia más grande de amor entre un Dios que se hace hombre y la humanidad, tienen su génesis en tú sí generoso. Mirarte María, es mirar un cielo estrellado. Contemplarte Madre de Dios, es hacer que el corazón se goce en llamarte bienaventurada.

Si queremos conocer a Jesús, qué manera más hermosa de ver su vida, que desde los ojos amorosos de la Madre, de tus hermosos ojos María. Quién sino tú, para enseñarnos a amar a Jesús. Quién sino tú, primer Sagrario de la historia. Quién sino tú, quien llevó en su seno a Aquel que no pueden contener los cielos para ayudarme a conocer y amar intensamente al Rey de reyes. Y es María tu amor maternal, es el perfume más precioso, es que tu Intercesión es seguridad para el alma. Qué sería de nosotros María si nos faltaras, qué sería de mi alma sin tu dulce abrazo, qué sería de la humanidad sin tu intercesión.

Hoy María queremos acompañarte en el Calvario. Tú lo viste todo, tú sentiste todo, tú viviste todo Madre nuestra; mi corazón se acongoja al pensar lo que tus ojos vieron y lo que tu corazón sintió. La lógica humana quizá quería que todo pare; pero, desde la ciencia del amor, sabías que todo cuanto pasaba valía para la Redención de toda la humanidad. Y algo impresionante sucede, algo hermoso pasa y tu corazón se ensancha y de pronto María entiendes el amor, entiendes que todo lo que mueve a tu hijo es el amor. Y amas y hoy nos quieres enseñar a amar.

La tarde avanza y tu amado Hijo, nuestro Rey de reyes ya ha sido flagelado, golpeado y ahora condenado a muerte. María, el Rey de nuestra alma va a morir. Qué dolor a tu corazón de Madre. Quiero María en tu dolor acompañarte, quiero María tu corazón aliviar con mi súplica de amor. Qué fuerte dolor a tu corazón ver a tu Hijo, a Aquel a quien de niño cuidabas, Aquel que junto a ti dio sus primeros pasos, hoy camina hacia una injusta condena. Qué hermoso tu corazón Virgen María. Qué fuerte tu alma para acompañar en cada paso a Jesús.

Tu corazón Inmaculado es un tesoro, y es que siempre guardas todo allí, meditas en tu corazón y amas. María dame un corazón que sea semejante al tuyo, un corazón que en el silencio interno medite, ame, y descubra las maravillas del plan de Dios. Nuestra alma, sedienta de amor, por tu intercesión, encontrará su descanso en ti. Quiero María que esta Cuaresma me transmitas las maravillas de tu corazón. Quiero en este caminar por el desierto unirme estrechamente a ti, y aprender la grandeza del Amor de Jesús. Quiero María preparar mi corazón, conociendo el tuyo, para la Semana Mayor.

Al verte en la Cruz María, quiero reparar junto a Ti En el Calvario, Jesús está colgado en la cruz. Tú, María, contemplas esta escena. Tu corazón de Madre sufre, pero más grande y fuerte es el amor, ese amor que el mismo Jesús te enseñó. Ese amor que lo movió a hacer todas las cosas nuevas por amor a mí y a toda la humanidad. Qué acto de amor tan grande; y el tuyo Virgen María, qué amorosísimo acto de amor el de aceptar, el de orar, el de acompañar, el de amar como nos has amado. Mientras tu presencia acompaña a Jesús, tu corazón de Madre consuela a Su corazón de hijo afligido; y yo sólo quiero María en el silencio acompañarte y consolar tu llagado corazón.

Podemos acompañar a María en este tiempo de Cuaresma, rezando el Rosario, teniendo una imagen de la Virgencita junto a nosotros, meditando en

el Santo Vía Crucis, estas son algunas maneras de unirnos al corazón doliente de la Virgen María. Cuánto deseo María hacerte compañía, cuánto anhelo Virgen Madre ser quien ayude a consolarte, que mi plegaria te acompañe, que en el silencio de tu corazón podamos hallar descanso a nuestro corazón y al corazón lastimado de nuestro Rey crucificado.

Hoy hago eco, cuánta razón tenía san Alfonso de Ligorio cuando exclamó que en la Pasión del Señor tú viviste y sufriste todo lo que tu Hijo padeció. Eres Madre, fuiste mártir junto a tu Hijo, tu vida ha sido un eco intensísimo de lo que es el amor. Es tu amor María capaz de transformarlo todo, es tu amor Madre capaz de soportarlo todo; enséñame a estar tan unido a la voluntad de Dios como tú lo estuviste María.

María, enséñame a amar como has amado tú, como ha amado Jesús

Hablar de la Cruz, es hablar de amores, hablar de Jesús es hablar del más puro y extremo Amor. Meditar en tu amor María es aprender de la mejor maestra de amor de la historia. Pues tú Madre amaste a Jesús, lo cuidaste, lo criaste, quién mejor que tú, quién mejor que la Reina, para enseñarnos a amar al Rey. En este tiempo de preparación a la Semana Santa quiero que, a ejemplo tuyo, pueda aprender a amar el gran misterio de la Pasión del Señor.

Que tu corazón ardiente, incendie la tibieza de mi pecho, que tus virtudes y tu amor maternal excedan la enormidad de mis males; que contemplarte me lleve a la reflexión y a la contrición. Que junto a ti María pueda caminar, que de tu mano podamos vivir amando con intensidad; y que este camino hacia la Cruz sea para nosotros motivo de unirnos más íntimamente a ti.

LA CRUZ INESPERADA QUE ABRAZÓ SIMÓN

POR: TERE DOMÍNGUEZ O.



Simón de Cirene ya había oído hablar de Jesús de Nazareth. De hecho, todo el mundo hablaba de él y de los milagros que estaba haciendo. Sus vecinos habían viajado varios días para escucharlo predicar. Habían invitado a Simón, pero él no había querido ir.

Hay mucho trabajo. No hay tiempo para ir a escuchar a otro charlatán, le dijo a Rebeca cuando esta manifestó su interés de ir también a escucharlo. Pero su esposa Rebeca no pensaba así. Sus vecinos, al regresar, le habían contado lo que Jesús había predicado y solo de escucharlos sentía mucha paz y crecía su ansia de poder oír sus palabras.

Rebeca había tratado de contarle a Simón, pero éste no quería distraerse de su propósito. Se aproxima la época de lluvia y debo terminar de sembrar el campo de trigo para tener una cosecha temprana, era lo que repetía Simón una y otra vez.

Rebeca se quejaba de que Simón no la escuchaba. Ella se esmeraba en tener la casa arreglada, ponía flores frescas en la mesa todos los días, pero era como si Simón estuviera ciego. Además, era frecuente su enojo sin razón por cosas tontas. Incluso había dejado de hacer sus oraciones diarias. El único tema de conversación era lo que había logrado avanzar cada día y lo que todavía le faltaba por terminar.

Simón se levantaba al alba, se vestía e iba directo al campo a seguir trabajando. Sus hijos, Alejandro y Rufo, lo ayudaban. Cuando el sol caía, Simón dejaba de trabajar, llegaba a la casa a cenar y se acostaba. No había tiempo para compartir en familia.

Pero Rebeca, mientras los hombres trabajaban, seguía reuniéndose con sus vecinas para que estas le contarán más de lo que Jesús había predicado. Luego ella les contaba a sus hijos, que también querían ir a ver a Jesús, pero sabían que tenían la pelea perdida con su padre.

Un día y otro transcurrían igual. Trabajaban incluso el día de descanso. Hasta que terminaron de plantar todo el terreno antes de que las lluvias iniciaran. Simón, que debía estar eufórico, mostró una alegría pasajera.

Simón, vamos a la sinagoga a darle gracias a Dios porque pudiste terminar de sembrar antes de las lluvias, le dijo Rebeca una mañana para ver si así se animaba.

Simón accedió a regañadientes.

Alejandro, Rufo, por favor, acompáñennos, les dijo Rebeca.

Los cuatro se pusieron en camino. Llegaron y dieron gracias a Dios por las

bendiciones recibidas. Simón pareció estar sólo un poco más tranquilo.

Simón pensaba: ¿Qué haré ahora? Faltan meses para la cosecha. Parecía como si al terminar la siembra ya no le encontrara sentido a su vida.

Sus hijos habían conseguido trabajo con su vecino Juan. Querían ver si ganaban algún dinero para poder ir a escuchar a Jesús de Nazareth.

Pero estos hijos míos, cómo van a trabajar para otro, era lo que pensaba Simón. Ellos lo que quieren es sentirse útiles y a la vez ayudar a Juan, le respondió Rebeca, quien no le compartió la verdadera razón.

Pero Simón no podía concebir trabajar para otro. Su responsabilidad era su terreno y nada más. Así que veía pasar los días esperando que las plantas crecieran. Hizo unos espantapájaros para mantener a las aves separadas de los brotes que surgían en la tierra. Hizo cálculos de las ganancias que tendría y que haría con el dinero que obtendría.

Una tarde en que se dirigía al pueblo a recoger unos víveres, se encontró con una muchedumbre enardecida.

Condenados a muerte, pensó Simón. Nunca quería presenciar ese peregrinar sangriento al Gólgota así que dio la vuelta y pensó que regresaría al pueblo al día siguiente. Pero un grupo de soldados le dijeron: Oye, tú, campesino, eres fuerte, ven a ayudar a este condenado que ya no puede más con su cruz.

Simón ni siquiera volteó a ver al penitente. Eso no es conmigo, pensó furioso mientras se retiraba, pero los soldados lo jalaban y lo forzaron. Simón trató de resistirse, pero fue inútil. Volteó entonces a ver al penitente y sintió repugnancia. Este es Jesús de Nazareth que se hace llamar el Rey de los judíos, dijo uno de los soldados, riéndose.

Así que este es Jesús de Nazareth, ¿cómo ha acabado aquí?, pensó Simón y recordó vagamente algunas de las cosas que había escuchado sobre Él. Nunca dijeron que era un hombre violento. Más bien se referían a Él como un hombre de paz, que sanaba, que guiaba. Así que no entendía de qué se le podía acusar para ser sometido a ese martirio y estar camino a ser crucificado.

La gente alrededor estaba enardecida presenciando este espectáculo sangriento.

Parecen estar celebrando, pero celebrando qué, pensaba Simón. Jesús apenas podía sostenerse en pie, sus túnicas llenas de sangre se pegaban a su cuerpo que parecía haber sido sometido a un sin fin de latigazos. Sobre su cabeza llevaba una especie de corona hecha de espinas y la sangre corría por su rostro. Pero a pesar de la tortura que había sufrido, su rostro sereno fue el que vio Simón y lo dejó impactado.

El enojo de Simón se esfumó y sintió compasión por ese hombre que lucía apacible en medio del sufrimiento. No mostraba ningún gesto de enojo, por el contrario, su rostro ensangrentado estaba tranquilo. Si bien otros condenados gritaban pidiendo clemencia, Jesús se mantenía callado, su gesto frecuente era para mirar al cielo.

Los soldados empujaron a Simón mientras le decían: Ya deja de mirarlo que nada bueno te traerá este Rey. Ayúdale a cargar su cruz.

Simón sostuvo todo el peso de esa cruz, liberando a Jesús de su carga, pero los soldados lo empujaron y repitieron: Ayúdale a cargar su cruz.

Así que eso hizo. En silencio, caminó a su lado tratando de socorrerlo y sostener lo más posible el peso de su cruz. No hablaron. Hubo solo miradas y gestos entre ambos. Pero fueron suficientes para que Simón creyera que Jesús era un hombre de paz.

Y pensó en Él, y en las veces que no contuvo su enojo y fue grosero con su esposa, con sus hijos, con sus vecinos. Y este condenado a muerte, que había sido ultrajado hasta la saciedad, reflejaba serenidad.

Simón no pudo contener las lágrimas. Se arrepintió de haber sido un hombre duro y se dejó abrazar por el amor de Jesús.

Habían llegado al Gólgota. Su camino había terminado. Los soldados lo empujaron hacia la multitud y Jesús cayó al suelo.

Lo que siguió fue una escena terrible. Simón vio cómo ponían a Jesús sobre la cruz y lo clavaban a ella de manos y pies. El rostro de Jesús mostraba dolor, pero no emitió ningún grito de clemencia.

Simón cayó postrado, llorando, y comprendió que haber cargado con Él

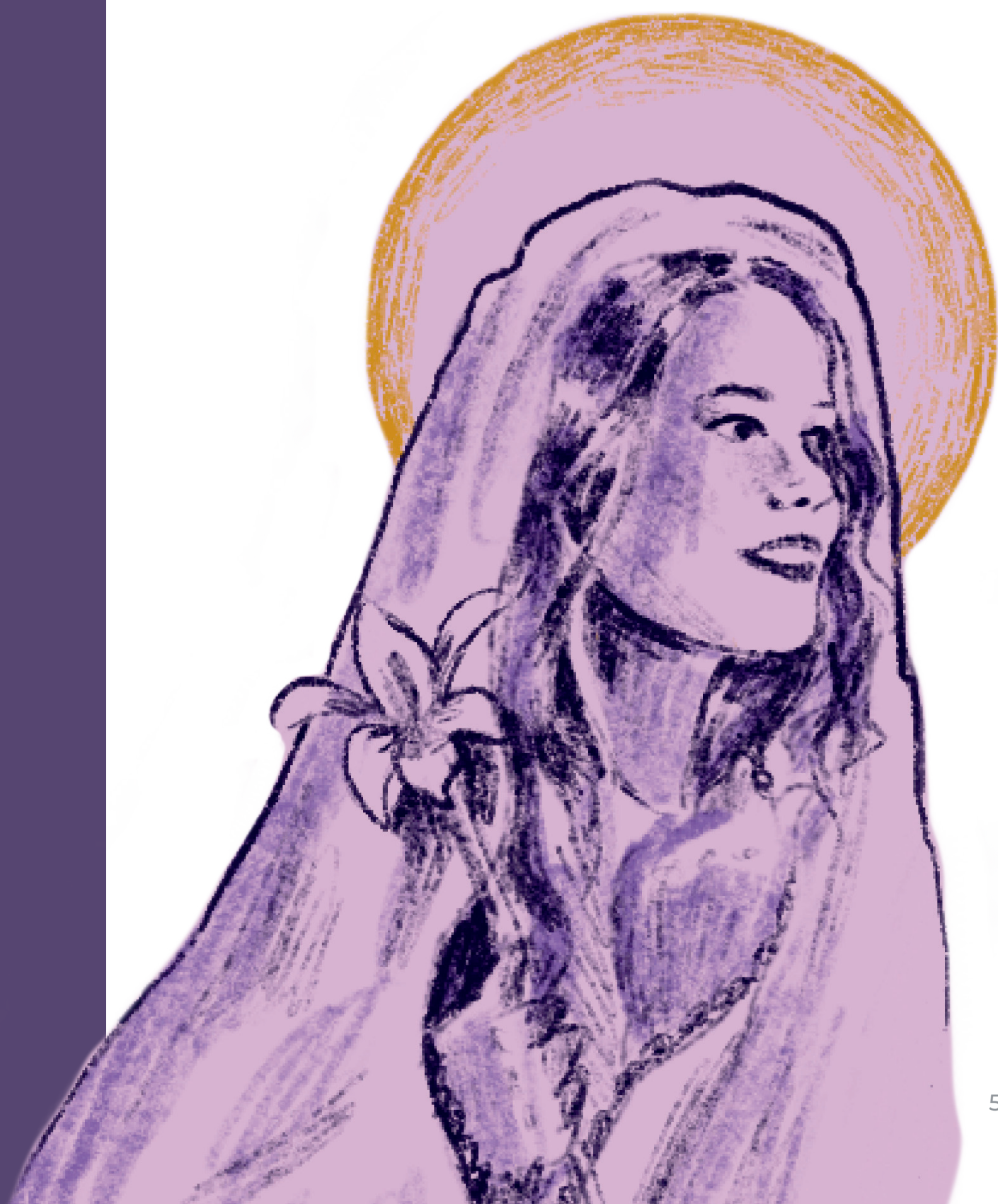
su cruz lo había cambiado. Esa cruz inesperada, ese sufrimiento callado le había tocado el corazón. Le había dado la gracia de la fe.

Padre, padre. Alejandro y Rufo llegaron y se abrazaron a él. Detrás venía Rebeca y los cuatro quedaron fundidos en un abrazo.

**Los cuatro miraron a Jesús en la cruz.
Jesús miraba al cielo.**

MARÍA MAGDALENA AL PIE DE LA CRUZ

POR: JULIANA SILVESTRE



María Magdalena se encontraba al pie de la cruz en la colina del Calvario. Su corazón pesado y sus ojos nublados por las lágrimas. La escena ante ella era dolorosa y desgarradora: Jesús, el hombre que había cambiado su vida, colgaba en la cruz. Su figura silueteada contra el oscuro cielo.

Con manos temblorosas y una mezcla de tristeza y desconcierto, María Magdalena se arrodilló en la tierra áspera. Cerró los ojos e inspiró profundo buscando en su interior la fe que Él había sembrado. No temas, yo estaré contigo siempre. Anhelaba la fuerza necesaria para soportar la agonía que sentía en su corazón.

Oh, Señor, susurró en voz baja, mi amado Maestro, ¿por qué has de sufrir así? Mi corazón se siente desgarrado y la duda se cierne sobre mi fe. Pero aquí estoy, en este momento oscuro, clamando por tu misericordia y tu consuelo.

El llanto silencioso

Sus lágrimas caían silenciosamente mientras continuaba su oración,

buscando respuestas en el silencio del cielo. Recuerdo tus palabras, las enseñanzas que transformaron mi vida. Me llamaste por mi nombre y viste más allá de mis pecados. Pero ahora, mi alma está inquieta, y mi fe se tambalea en la sombra de esta cruz.

Incluso en su tormento más oscuro, Él imploraba misericordia para sus verdugos. Su amor no conocía límites ni odios. Él me había enseñado a perdonar, a tener esperanza, a no rendirme. Debía confiar.

María Magdalena se esforzó por encontrar las palabras adecuadas, tratando de expresar la mezcla de amor, dolor y confusión que llenaban su corazón. Dame fuerzas, Señor, para soportar este momento. Permíteme entender el propósito detrás de este sacrificio. Que mi fe no se desvanezca en la oscuridad, sino que crezca como la semilla que cae en tierra fértil.

Momentos compartidos

Mientras lágrimas caían sobre sus mejillas, María Magdalena recordó los momentos compartidos con Jesús: sus enseñanzas de amor incondicional, su compasión por los quebrantados de espíritu y sus milagros que desafiaban toda lógica. Recuerdo tus manos sanadoras, tus palabras que calmaban tormentas. Pero ahora, en este instante de despedida, me siento perdida.

Sus manos se aferraron al polvo del suelo mientras buscaba desesperadamente la presencia divina. Que Tu luz que una vez iluminó mi vida, brille sobre mí en este momento de oscuridad. Concede a mi corazón la gracia de sostenerse en la promesa de la Resurrección.

A medida que la oración continuaba, María Magdalena sintió una extraña calma envolviéndola, como si las palabras se elevaran desde lo más profundo de su ser y fueran recibidas por algo más grande que ella misma. Fortaléceme, oh Señor, para ser testigo de tu sacrificio con fe inquebrantable. Que la certeza de la Resurrección guíe mis pasos en los días venideros.

En medio de la oración, María Magdalena sintió un consuelo interior, una conexión espiritual que le recordaba que, incluso en la agonía, la esperanza perdura. Sus lágrimas ya no eran solo de tristeza, sino también de gratitud por el tiempo compartido con Jesús y por la promesa de un nuevo amanecer.

Al permanecer arrodillada al pie de la cruz, María Magdalena se sintió fortalecida por la oración. Aunque el sufrimiento era palpable, también lo era la presencia divina que la envolvía. En aquel momento, entendió que la Resurrección estaba tejida en el tejido mismo de su fe y que, a pesar de la oscuridad, la luz de la esperanza prevalecería en medio de la tristeza. María Magdalena se aferró a la esperanza que Jesús le había dado. Sabía que, incluso en la muerte, Él seguiría inspirando a aquellos que lo habían conocido. Con el tiempo, la tristeza daría paso a la luz de la Resurrección, pero en ese momento sólo la tristeza

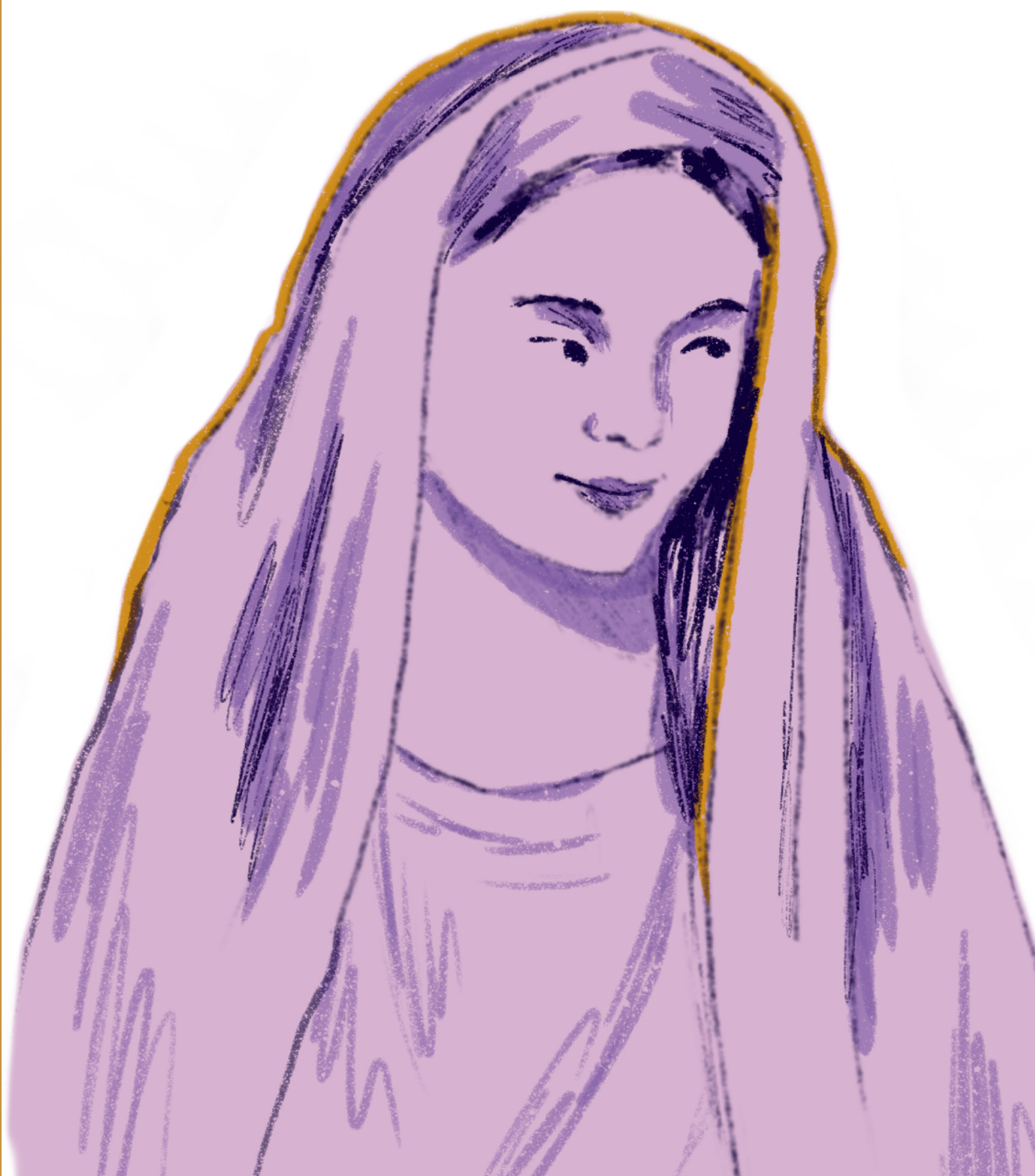
habitaba en su corazón.

Jesús había partido al reino celestial, pero su legado vivirá para siempre a través de nosotros. Y nada ni nadie podría apagar la llama de esperanza que había encendido en nuestras almas.

UNA OBSERVADORA SILENCIOSA

(MADRE DEL EVANGELISTA MARCOS)

POR: MAGDALENA SANTA CRUZ UNDURRAGA



Estoy muy orgullosa de mi nombre. Por si no lo sabes, significa Alteza y también ensalzada. Muchas chicas de mi generación se llamaron igual. Porque nuestros padres querían que el Mesías esperado naciera de sus hijas.

Me llamo María, conocí a la María madre del Mesías y al fruto de sus entrañas. Lo sé, soy una privilegiada. Fui testigo de acontecimientos que marcaron la historia de la Salvación. Estoy tan agradecida y me emociona contarte mi historia, como testigo y discípula del Señor.

Soy madre, y como todas, trato de apoyar a mis hijos y sus amigos. He rezado mucho y le he pedido a Dios que haga contar lo que mis ojos vieron y mi corazón sintió.

El primer día de los Ácimos, el Maestro dio una señal precisa a sus apóstoles. Era fácil ver a mujeres llevando cántaros sobre la cabeza, pero muy raro que un hombre llevase el agua en otra cosa que en un odre de cuero.

Satisfechos de aquella indicación, los predilectos bajaron al Cedrón y, cerca de la puerta que llamaban de la Fuente, en los alrededores de la piscina de Siloé, vieron al hombre del cántaro, Marcos mi hijo. Le siguieron llenos de gozo, y al llegar a la casa encontraron a mi marido en el zaguán. Le dijeron: el Maestro pregunta, ¿dónde está la sala donde pueda comer la Pascua con mis discípulos? (san Juan).

En ese entonces, un habitante de la Ciudad Santa tenía la obligación de ceder a los peregrinos las habitaciones libres de su casa para celebrar en ellas el rito de la Pascua, y era costumbre que los peregrinos, en pago de alojamiento, le dejaran la piel del cordero. Pero para mi familia, era una alegría, Jesús era un gran amigo nuestro. Cada vez que venía a Jerusalén lo alojábamos.

Condujimos a los Apóstoles a la sala del piso de arriba. Era la más confortable. El diván, la llamábamos así, por los almohadones que solían alinearse

en torno a las paredes.

Ahí, tuve una conversación amena con Pedro. Era más o menos de la edad de mi marido. Un hombre de fuerte carácter, de gran don de mando. Me impresionaba su mirada transparente. Rudo pero con un corazón tierno. Extraña mezcla. Me decía: ¡Qué bien! ¡Congenia con Marcos! ¡Ojalá pudiera trabar una amistad profunda con Él, pero lo veía difícil, iban y venían ocasionalmente a mi casa, por la predicación del Reino. Mis sueños se hicieron realidad más tarde.

Me aboqué de lleno a preparar los últimos detalles de la cena. La sala quedó aderezada con la mesa grande y corrida, los cojines mullidos, la alfombra, la paila y los lienzos, el ánfora para la ablución, las vasijas y las escudillas de bronce, pues las de barro eran impuras; las cráteras para los líquidos y la copa de dos asas para las libaciones.

Los ayude a preparar las hierbas amargas: lechuga, berro, endibia, coriandro, marrubio y achicorias salvajes, que tenían por objeto recordar las tristezas de la servidumbre en la tierra de Egipto, y con ellas dispuse la salsa del karoset, una mezcla picante de vinagre, cidras, higos, dátiles y almendras, que recordaba la arcilla que en otro tiempo habían amasado los israelitas para construir las murallas y las fortalezas de sus opresores.

Después, Pedro, Marcos y Juan prepararon el vino. Y además, el cordero de un año, que recordaba aquel otro cuya sangre había enrojecido las puertas de los israelitas para evitar que entrase en sus casas el ángel exterminador.

Mientras los dos discípulos se ocupaban en estos preparativos, Jesús seguía en Betania con los demás Apóstoles. Cuando volvió a mi casa, se emocionó. Era evidente de que estaba muy conmovido. Me miró con una mirada agradecida y me sentí, llena de alegría y paz

Jesús no sólo se preocupaba de agradecer al dueño de casa y sus amigos, sino, a una simple mujer israelita. Era muy poco inusual que nos miraran y nos agradecieran.

La comida debía empezar con una frase de alabanza a Dios el dador de todos los bienes. Después, tomó la jarra llena de vino, y dijo: "Tomad y distribuidlo entre vosotros", y añadió, conmovido "En verdad os digo que ya no beberé de este fruto de la vid hasta la venida del Reino de Dios , cuando lo beba con vosotros en el reino de mi Padre".

En ese momento, mi entendimiento se iluminó, empecé a comprender la realidad anunciada en los viejos símbolos proféticos que ante mis ojos desaparecían, eran transformados y superados.

Los discípulos empezaron a ocupar sus puestos. Jesús ocupó el puesto central de los tres que había en la cabecera. A su izquierda se recostó Pedro; a su derecha, Juan y junto a él, Judas, que dirigía el servicio de la mesa.

Jesús estaba dichoso con sus amigos previo al sacrificio. Uno de ellos está recostado sobre su pecho, de seguro sentía los latidos de su corazón.

Durante la tercera copa, realizando un acto insólito que no estaba previsto en los viejos ritos mosaicos, Jesucristo tomó el pan, lo partió, lo bendijo, y, dijo : "Tomad, comed; éste es mi cuerpo, que es dado por vosotros". Todos tomaron aquel pan con una actitud en que se reflejaba la curiosidad, el respeto, el miedo y el amor.

Después, lo mismo con el cáliz, que, sin duda, acababan de llenar por tercera vez. El vino centelleaba dentro con color de sangre, vino templado con unas gotas de agua, como solían beberlo los orientales. Lo tomó, hizo sobre él la bendición, y dijo: "Bebed todos de este cáliz, pues ésta es mi sangre de la Nueva Alianza , que será derramada por muchos en remisión de los pecados".

Su voz se quebró de amor.

Mis sentidos se pusieron alerta, era la primera vez que escuchaba hablar de la Nueva Alianza. Aunque había sido anunciada por los profetas, nunca hizo una referencia explícita como ahora. Resultaba claro: Jesucristo era el cordero de la Nueva Alianza. Y el cáliz, su sangre.

Mucho tiempo después, en la época de las persecuciones, eran numerosos los nuevos discípulos, con alguna frecuencia me preguntaban: ¿Qué pasó esa noche? ¿Si realmente, esa primera vez, me había dado cuenta de que el pan era el Cuerpo y el vino la Sangre de Jesús?

Pero era evidente, con sus palabras comprendí que Jesús es el nuevo cordero "Cristo, nuestro cordero pascual, ha sido sacrificado. Por lo tanto, ¡celebrems la fiesta! (1 Cor 5: 7-8)

Esa noche viví la Pascua del Señor y la vivo en cada fracción del pan. Repito con cuidado: Cordero de Dios, Cordero de Dios... Él es el nuevo cordero de la Alianza. Acompaño al Señor en su Pascua en cada fracción del pan. Me uno a Él y vivo de nuevo lo que les he contado hoy.

¿Y SI FUERA VERDAD? LA HISTORIA DE UN FARISEO

POR: CRISTINA BALART



¿Quién era este hombre con mirada de fuego, voz viril, porte real y que hablaba con palabras de autoridad? Decía tonterías que su razón de judío antiguo no podía aceptar, pero todo su ser expelía una seguridad, que incluso él ahora dudaba. Amar a los enemigos (¿qué se hacía ahora con la ley de Talión?), imposibilidad de repudiar a la esposa, ayudar a los samaritanos. ¿Pero qué corazón tenía esta criatura?

Se había reunido con Cleofás para estudiar, junto a otros miembros del Sanedrín, sus palabras. Jesús de Nazaret no escatimaba dureza y claridad para referirse a ellos.

Perushin, en hebreo, un fariseo dedicaba su vida a las cuestiones relativas a la observancia de las leyes de pureza ritual, incluso fuera del templo. La honra y la pureza marcaba un ideal de vida en todas las acciones de la vida cotidiana. ¡Sus 40 años de existencia se resquebrajaban cuando escuchaba al maestro como lo llamaban sus seguidores! La Torah escrita y oral se atribuía al mismísimo Dios y ahora este Nazareno – ¡¿Qué era Nazaret en el mapa?! – se atribuía el poder de cambiarla.

Él no era tonto, su intelecto y pensamiento era reconocido por todos. Su amistad íntima con Cleofás y Caifás le aseguraba privilegios y... comodidad. Miró los flecos de su túnica y sintió incomodidad. ¿Podría nacer uno de nuevo?, como dijo José de Arimatea. ¿Cuál era el camino para volver a empezar? ¿Dios Todopoderoso era un Padre de verdad, como el del cuento que había relatado Jesús? ¿Podía confiar en Él? ¿Qué Espíritu le estaba invadiendo que dudaba? ¡No quería! Pero cual rico con su oro, acariciaba sus dudas.

Y si Dios, invitaba a todos sin reparar en sus faltas y origen. Y si existía una vida diferente, menos complicada, sin tantas normas, una vida de libertad que no conocía el pueblo de Israel... la libertad de ser hijo de Dios. Percibía como su identidad tan bien articulada se rompía en pedazos. El dolor en su corazón se sentía como un parto – imaginaba que así sería el dolor de las mujeres al dar a

luz- pues una luz todavía oscura le estaba prendiendo su mente.

Sería su secreto. Necesitaba tiempo o buscar una mediana solución. Seguiría siendo él mismo por fuera - "la conversión no se notará en signos externos", pensó (¡qué poco sabía de la gracia de Dios) - y seguiría al Maestro en la oscuridad. Hablaría con el pequeño Mateo, quien se había transformado en discípulo.

Estaba en estas reflexiones cuando golpearon la puerta. Abrió, todavía con la mirada de ilusión al recordar su plan de seguidor lejano de Cristo. Debía reunirse con el Sanedrín en pleno. ¿Qué asunto congregaba a los altos fariseos tan tarde? Su corazón latió ansiosamente, presintiendo el asunto del que se trataría.

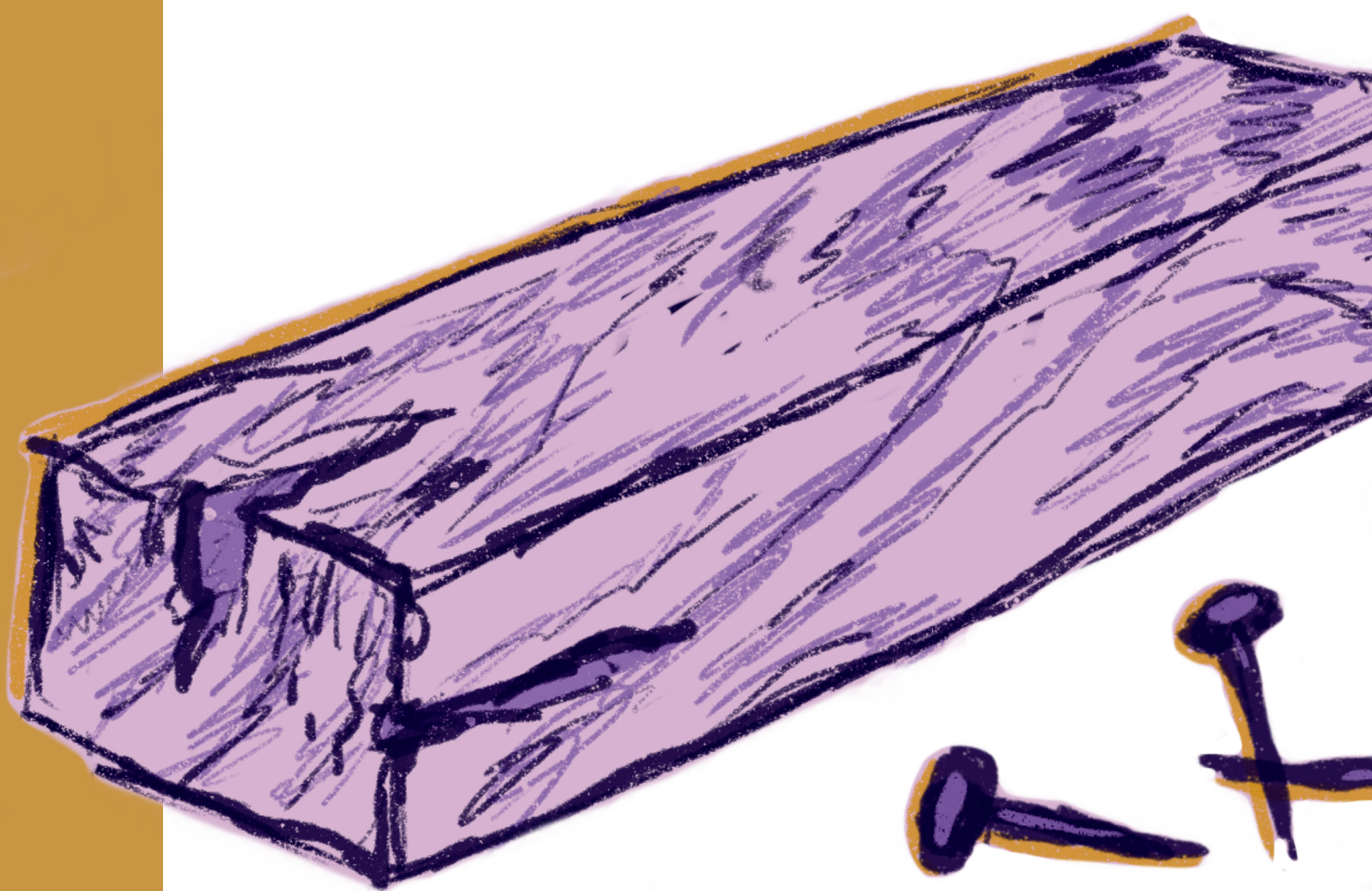
No vislumbró hasta dónde había llegado todo, hasta que no lo hicieron pasar. Jesús venía con sogas en el cuello, en las muñecas y malherido. Se habían cebado con Él, su rostro bien parecido y majestuoso era ahora sangre e hinchazón... y aún así era creíble. Nos miramos. Yo con estupor, Él con dulzura. Yo pecador, vi en un segundo mi vida y sus faltas ¿era esto lo que sucedía cuando los que le llamaban Maestro vivían cuando le trataban? Me mareó mi fragilidad, ¡es que no tenía fin mi maldad a los ojos del verdadero Dios! No desesperé porque todo ocurrió en un segundo. El segundo que dio vuelta mi ser para siempre. Tuve la suerte de recibir un empujón y rozar su hombro sangrante. El Señor siguió su camino pero me dejó un beso de sangre que me echó al suelo de dolor. Dolor por lo que iba a suceder (sabía la sentencia que pedirían) y dolor porque no había vuelta atrás. Mis pecados, eran la puerta de entrada al Reino, pues con su sangre derramada Jesús los había perdonado y su gracia había entrado en mí. Para siempre. Para siempre.

Esta es mi historia, fui testigo del momento más importante de la historia de la humanidad y vi cómo Dios se hizo pequeño y humilde para que yo y los míos encontráramos la perla escondida del campo. Fui llamado a vivir de

forma diferente y Jesús visitó mi alma con dudas. Jesús renunció a su gloria y majestad por mí, y lo sigue haciendo... en cada pequeño sagrario que existe en el mundo. Ahí podrás seguir escuchando su voz, como lo hice yo.

CLAVOS, MADERO, UN EXTREMO AMOR

POR: ALAN LUGMANIA



La tarde cae, el cielo se va tornando gris, hay conmoción. Junto a dos ladrones están crucificando a un hombre. Algunos dicen que es injusto, otros no pueden ver tal escena. Muchos celebran este momento. ¿Quién es el crucificado? Un nazareno, un hombre a quien muchos describen como justo, un hombre que amó, que ama y que amará. Un sacrificio inmenso de amor da lugar en esa cruz.

En torno a Jesús mucho se ha hablado, mucho se ha dicho, peligroso lo consideran algunos, incómodos se sienten muchos otros por las cosas que el galileo ha predicado. Un mensaje de ser sal y luz en el mundo, un mensaje que ha revolucionado, un mensaje de amor.

Fue preso por el Sanedrín, fue llevado donde Pilato, fue trasladado donde Herodes, fue condenado. La histeria colectiva prefirió dar libertad a Barrabás y crucificar a Jesús.

Un momento duro, un momento de Redención, un momento que sellará una nueva Alianza. Todo un Dios que horas antes prometió quedarse junto a nosotros. Todo un Dios, loco de amor por ti y por mí, carga con un madero, carga con una cruz por amor a la humanidad.

Es burlado, es golpeado. Aquellos a quienes ayudó, aquellos a quienes sanó, al unísono proclaman «crucifícalo». ¿Qué está pasando? Mi corazón se estremece y proclama «te diré mi amor Rey mío». Las mujeres lo consuelan. María camina junto a su Hijo. Ella que, siendo capaz de parar tal locura, guarda todo en su corazón y camina junto al crucificado de quien Isaías habla como una sola llaga. Una sola llaga viva de amor, una sola llaga cuya sangre limpia y purifica.

Las caídas El camino parece no acabar, el Rey cae tres veces por el peso de la Cruz.

Pero faltaba mucho más, de pronto la escena se desarrolla en el Gólgota, ese monte donde pronto el árbol de la vida se va a elevar, ese monte donde junto a dos ladrones el Maestro va a ser crucificado.

Mi corazón estremecido puede exclamar «oh feliz culpa, que nos ha merecido tan grande Redentor». Muchos corazones conmovidos, muchos corazones confundidos y entristecidos, pero faltaba algo más. Los clavos. Aquellos clavos que sostendrán a Jesús en su madero.

Parece algo irreal, pero un martillo es elevado, un martillo de pronto golpea la mano de mi Jesús con la cruz. Un hombre, un romano que sólo hace su trabajo, es el encargado de clavar y clavar, hasta que el Rey de Reyes, está sujeto por unos clavos en sus manos y en sus pies. ¿Cómo puede alguien ser indiferente al dolor de otra persona? ¿Cómo puede alguien ser tan cruel, y en especial con un inocente?

Veo esta escena, y me pregunto ¿Cómo puede ser que sea yo quien clave al Señor? ¿Cómo es que un martillo me bastó, para lastimar a quien proclamo como mi Rey? Medito en que es fácil identificarnos con este hombre, es sencillo ser como aquellos que injusta y cruentamente han maltratado a mi Señor. Mis pecados, tus pecados, mis faltas de amor, tus desamores con Aquel que es el amor, son suficientes para mantener a Jesús clavado en ese madero.

Hoy quiero detenerme, hoy no quiero ser aquel personaje que te ha clavado en el madero, hoy quiero a través de estas palabras, reparar Señor, hoy quiero hacer de este momento una oración, una súplica que consuele tu llagado corazón, hoy quiero reparar, quiero besar el agujero que los clavos que clavé dejaron en tus manos, hoy quiero aferrarme a este acto extremo de amor que has tenido hacia mí, hoy quiero Señor decirte que si bien con mis manos martillé, y tú me mirabas, hoy Señor quiero que tu amor, sea el que haga de mí un hombre nuevo.

Con estas manos martillé: Mi indiferencia y mi desamor, tómalo, Señor

Te invito a introducirnos en este misterio de amor: Todo un Dios, un hom-

bre justo, un hombre que ama crucificado, por mis pecados y los pecados de la humanidad entera. Estamos caminando en la Cuaresma, estamos adentrándonos en la Semana Mayor. Qué tiempo de gracia éste, para volver al Señor. Qué hermosa oportunidad de dejarse arrasar por su Misericordia.

Es el momento propicio e ideal, para hacer eco de la frase que resuena el Miércoles de Ceniza: «conviértete y cree en el Evangelio». Es hoy el día de convertirnos, es ahora el momento de dejar a un lado los clavos y el martillo con el que Jesús sufre, y es el momento pleno para amar.

Es el momento de liberarnos de las ataduras del pecado, y acompañar a Cristo que sufre, a Cristo que ama y que ama sin condición. No mires atrás, porque Jesús no mira atrás, ten paciencia, el Rey tiene mucha paciencia contigo, tal es su paciencia que día a día te espera, que día a día te ama. Ánimo es hoy el día de contemplar las maravillas del Señor.

No fueron los clavos lo que lo sostuvieron, fue su amor infinito: hacer de mi vida una oración a Dios

El amor, y nada más que el amor, tienes que saber lo inmensamente amado que eres por Dios, tienes que recordar que tan amado eres por el Señor, que envió a su Hijo para que tengas vida y vida en abundancia. No busques más, no esperes menos, mereces amar y ser amado como el mismo Jesús nos ha amado, dándose en totalidad, amando sin medida, sufriendo por un inmenso amor a ti.

Es hora de reparar las laceraciones, los golpes, las burlas contra Jesús. Y es el tiempo propicio para hacerlo. La Cuaresma nos abre la puerta al sacrificio, al silencio, a la oración. Cuánto tenemos que reparar, cuánto debemos orar.

Unirnos al rezo del Vía Crucis es ideal, porque caminamos junto al Maestro en su camino al Calvario. Practicar sacrificios, negarme gustos, exigirme en la práctica de la virtud. Esto es acompañar a Jesús.

No dejemos que este tiempo pase como un tiempo más, pidamos a Jesús que su Misericordia traspase nuestro corazón. Acudamos a la Confesión, visitemos el Santísimo, oremos junto a María, para que nunca más seamos quienes clavemos al Señor en la cruz.

Te amamos Jesús, no queremos ser quienes te lastimemos, queremos
junto a

Ti estar y ser consuelo en tu aflicción.

EL LADRÓN BUENO

POR: JOHANNA ORTEGA



Había una vez a las afueras de Jerusalén una pequeña casa donde yo habitaba con un hombre joven. Contrario a lo que se pueda pensar, era un buen chico, todas las mañanas se acercaba a mi cama y me llevaba algo ca- liente para beber.

Era bastante tierno, cariñoso, muy dócil a mis peticiones; y cómo no serlo si yo era su madre. Nunca le faltaron mis abrazos sinceros y también mis aten- ciones. Aún así, en ocasiones sentía que había algo de tristeza en él. Yo intuía que el motivo principal era que nunca pudo recuperarse de la ejecución de su padre, sufrió esa suerte al unirse a los rebeldes.

La verdad creo que ni yo supe hacerlo. Desde pequeño, a mi hijo le tocó velar por sí mismo, porque las viudas en Israel tenemos una vida dura, y a mí con suerte me alcanzaban las fuerzas para trabajar y darle de comer. En oca- siones me culpo por no haberme atrevido a hacer más.

La vida sigue su rumbo Mientras caminaba mi vida, su tristeza se iba convirtiendo en mi preocu-

pación principal. Eran horas interminables cuando no regresaba pronto a casa, cansada de la espera me dormía entre lágrimas de angustia, caía rendida en sueños, pero no eran tan profundos como mi gran amor por él. Ese amor era el que me ayudaba a despertar al oírlo llegar. Fingía dormir para no molestarlo con mis preguntas. Cuando por fin entraba, yo ya podía descansar. Me daba un beso en la frente y se iba a dormir.

Hubiera querido tanto que su vida fuera distinta. Para ese entonces ya había crecido y yo me había acostumbrado a que él viera por mí; seguía evi- tando preguntar, únicamente recibía el dinero y las cosas que traía a casa. Pero sabía que algo no estaba bien, era mucho para lo poco que sabía hacer.

Lo peor pasó cuando un día esperaba su beso cariñoso y nunca llegó.

Llegaron noticias: se lo habían llevado los romanos. Se repetía el dolor que experimenté por su padre. Fui hasta la gran multitud y vi como mis sospechas eran ciertas, no supe exactamente qué pasaba durante años, pero ese día por fin la verdad se me reveló.

¡Mi hijo estaba robando! Les quitaba el esfuerzo de su trabajo a otras personas. Al descubrirlo, mi vergüenza y tristeza eran infinitas. A los romanos no les gustaba tener mucha gente en sus cárceles, así que la ejecución fue muy poco tiempo después de su captura.

Camino del Calvario Llegué hasta donde caminaba cargando un madero en el que sería cru-

cificado, lo pude ver por última vez de cerca. Él no me podía sostener la mirada, agachado, pálido, muy asustado por los gritos, el llanto y las burlas que acompañaron la caminata y sin duda por lo que le iba a pasar. Era como un animalito tembloroso, desamparado.

Conociendo su buen corazón sabía que una gran culpa lo debía atormentar en aquel momento, en especial por haberme fallado.

Ese día vi a mi hijo en su papel más humano, muy arrepentido. Junto a él otro muchacho, su actitud era muy desafiante, seguramente estaba asustado, pero no mostraba arrepentimiento, solo enojo, su rostro con un semblante que dibujaba amargura y reclamaba como que la vida le debía algo.

Junto a ellos, Jesús. Al que muchos llamaban el Mesías. Un hombre de muy buena apariencia, alto y se notaba fuerte, tenía la mirada más penetrante y esperanzadora que haya visto jamás. Aunque no había visto a este famoso rabí, muchas veces era raro hallarlo con esa actitud, especialmente por las circunstancias en que se encontraba. Me

imagino que se sentía defraudado, muy cansado no sólo física sino mentalmente, pues lo que pasaba era muy fuerte. Se notaba que le habían pegado y maltratado mucho. Pero el sentimiento que lo acompañaba era de piedad.

Al murmurar Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen comprobaba que aún así sentía compasión de sus verdugos. Eso sólo lo podía hacer alguien superior a cualquier persona que ahí se encontraba.

Pocas vestiduras cubrían su cuerpo, estaba mayormente desnudo y dejaban ver el impacto de las marcas que habían hecho los latigazos en su piel; debían ser causa de un dolor muy fuerte, indescriptible, a pesar de tanta barbaridad, todas esas escenas no eran desoladoras.

Era como aquello que dicen: después de la tormenta llega la calma y un nuevo comienzo vendría, una sensación que no podría explicar jamás con muchas palabras.

Dolor compartido Nunca sentí tanta paz al estar junto a alguien, su sola presencia abrigo-

ba mi corazón que no tenía consuelo, pero con Jesús fue así, al verlo sólo supe respirar profundo y recuperar la voluntad.

Mi alma estaba sufriendo demasiado por ver a mi hijo camino a su final. Muchos sentimientos encontrados iban conmigo y con todas las personas que éramos testigos de esa brutalidad.

Junto a mí, también pude ver a la madre de Jesús, me identificaba con Ella, con su dolor. Aún con toda la angustia que sentía tuvo las palabras precisas para consolarme, de una mujer tan dulce y buena sólo se podía esperar amor, salir de sí misma para empatizar conmigo, eso fue realmente sublime. La caricia que necesitaba para resistir un poco más.

Seguimos caminando hasta el Calvario, donde serían crucificados los tres. Nos permitieron estar cerca de ellos únicamente a sus más cercanos familiares, supongo era un acto de bondad, yo intenté no despegarme de María. Mientras los subían a lo alto de las vigas mi corazón iba desgarrándose

cada vez más.

Mi hijo fue sensato en sus últimos momentos. Al estar lejos de la multitud yo podía escucharlo pero solo un poco por la altura en la que se encontraban, y es que también una madre tiene el oído bien desarrollado, para escuchar hasta el más pequeño llanto de sus hijos. Esta vez me sirvió más que nunca. Ya que sería la última. Podía escuchar su voz, sus diálogos.

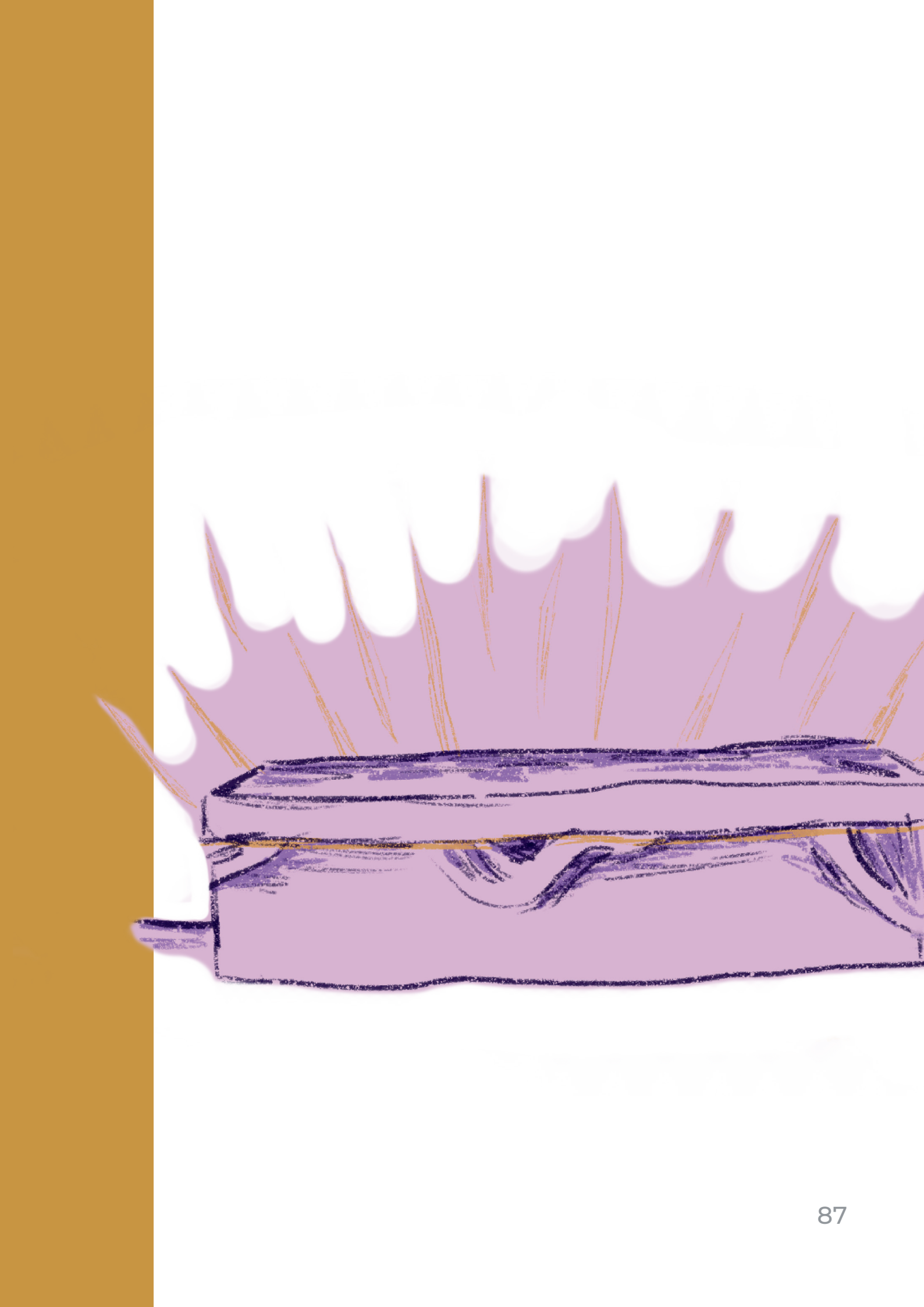
Él respondía los gritos alterados de aquel otro malhechor diciéndole que aún viendo lo que pasaba no se arrepentía y no tenía temor a Dios. Este hombre demandaba que lo salvara. No podía creer que Jesús con su poder no hacía nada por cambiar su propio destino, y peor el de los otros dos. Ajeno totalmente a la realidad. A este pobre hombre sólo le faltaba un poco de fe, quizás mucha humildad. Dejar de culpar a la vida, y hacerse cargo de las maravillas que poseía.

En esos momentos deseaba que la sensatez de mi hijo hubiera llegado mucho antes. Enseguida lo escuché dirigirse a Jesús con mucha humildad, como cuando me pedía algo de niño, con la misma confianza y cariño. Le decía: cuando llegues a tu Reino, acuérdate de mí.

Yo estoy segura que Jesús cumplió su palabra, y ya está junto a Él en el paraíso. Mi hijo fue el principal protagonista de mi vida, ahora en esta pequeña casa me acompañan únicamente los buenos recuerdos y el deseo de ser un mejor ser humano, para que haya valido la pena tanto sacrificio. Me consuela ahora la amistad de María, ahora soy parte de las mujeres que caminan con Ella.

EN EL SANTO SEPULCRO

POR: VICTORIA ANDRADE



Recuerdo la emoción que sentí al entrar a Jerusalén y empezar a rezar el Vía Crucis. Ver cada lugar sagrado, encontrarme con los pies de la Virgen dibujados en el piso en el sitio mismo donde se encontró con Jesús... acompañar al Señor en su sacrificio se siente diferente cuando puedes ver los lugares físicos donde pisaron sus sagrados pies.

Recuerdo sentir la presencia de Dios en cada paso que tomaba, ver frente a mí el camino que lleva al monte Calvario. Y al final, con mucha reverencia, entrar a la iglesia donde está el Santo Sepulcro para encontrarme con mucha gente haciendo cola.

Ves personas con fe, que esperan una transformación espiritual; personas curiosas que quieren ver qué tiene de especial este sitio; religiosos y religiosas en peregrinación; familias enteras, agotadas del viaje, esperando su turno; religiosos ortodoxos con caras serias, pidiendo silencio...

Y me pongo a pensar lo diferente que es la imagen de este sitio hoy, en comparación a lo que fue hace casi dos mil años, el día que murió Jesús.

Viaje en la historia Los pocos que quedaron allí, las santas mujeres, nuestra señora la Virgen

María, san Juan... poco tiempo después estuvo también José de Arimatea y Nicodemo... todos ellos vieron a Jesús en el momento más duro, cuando muere y cuando su cuerpo sin vida queda depositado en la tierra.

Lo pusieron en un sepulcro y lo taparon con una piedra grande en un lugar alejado de la ciudad. Sin alarde ni eventos pomposos, nuestro Señor no tuvo desfile como la reina Isabel II, ni tampoco filas de personas que lo visiten como Benedicto XVI... no tuvo una lápida con su nombre, ni tampoco un velorio largo.

La segunda persona de la Santísima Trinidad, Dios encarnado, el ser más importante que ha tocado esta tierra, tuvo un entierro muy rápido porque se acercaba el sábado... muy sencillo, sin muchos asistentes. En un lugar que ahora, milenios después, se abarrota de personas.

El hombre viudo Estuve recientemente en un funeral, de un hombre viudo que falleció solo, no tenía hijos. Cuando llegué al velorio, me encontré que habían muy poquitos asistentes. Y pensé, Jesús tuvo un funeral aún más pequeño que este. Qué ternura que sentí en mi corazón. Y me senté a rezar el rosario por esa alma, que en este sentido se parecía a nuestro Salvador.

¿Has pensado cómo va a ser tu funeral? No... nadie sabe realmente, aunque dejemos una lista de cosas que queremos que ocurran, al final, no sabemos cómo será. Y todavía más importante, sabemos, ¿cómo será nuestra muerte?

Jesús sabía, por eso en su oración en el Huerto de los Olivos, antes de su Pasión, sudó sangre al saber lo que se venía. Pero nosotros no lo sabemos, puede ser una muerte rápida, una fulminante, o una muerte larga por enfermedad o por un accidente catastrófico.

¿Por qué pensar en nuestra muerte? Porque debemos estar listos para su llegada. ¿Y cómo podemos prepararnos para la muerte?

Nuestro Señor nos mostró el camino Primero, es hacer oración. Vivir en oración, porque cada acción que rea-

lizamos durante nuestras vidas puede ser oración. Una acción ofrecida es una oración: despertarse en la madrugada, aguantar el tráfico, sonreír cuando estamos molestos, atender a quienes son ingratos... todo eso, si lo hacemos con

la mirada en la cruz, nos santifica.

Entonces, vivir buscando la santificación es la manera de prepararnos para nuestra muerte. Sea la que sea, venga como venga. Pero también, viendo los sacramentos. Confesarnos periódicamente, comulgar en misa, vivir el matrimonio como un camino al cielo, y si tenemos la oportunidad, recibir la unción de los enfermos cuando llegue el momento.

Recuerdo a mi bisabuela, quien se despedía todos los años nuevos por- que decía que sería su último año de vida; pero, vivió hasta los 100 años. Y recuerdo también casos de niños que mueren muy pequeños.

La vida no está asegurada, sólo la muerte. Hasta nuestro Señor se hizo pequeño y se humilló para morir por nosotros. Y eso es con lo que nos encontramos los peregrinos que visitamos el Santo Sepulcro: la realidad de la muerte, de nuestra muerte, y cómo debemos prepararnos para cuando llegue.

GUARDIANES DE LA REDENCIÓN

POR: CRISTINA BALART



Había llegado el momento. La mirada de seres angélicos creados por Dios, desde el inicio del tiempo, se encontraban en estado de alerta. Serafines, Querubines, Potestades, Virtudes, Principados, los Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael y, cada ángel de la guarda de la Tierra, sabían que el Hijo de Dios iba a entregarse totalmente para rescatar a las criaturas de la cárcel en que se encontraban sus almas, pagando el precio más alto: con su vida.

Un regocijo enorme les había hecho cantar ¡Gloria a Dios en cielo y en la tierra paz a los hombres...! El día en que su madre -María- lo acunó por primera vez, pero hoy ese niño se había convertido en hombre para cumplir su misión. ¡Por fin! cada corazón humano podría encontrar su destino sobrenatural a través de la gracia con que el Espíritu Santo regaría cada alma.

Aunque todavía no eran conscientes, muchos discípulos serían testigos de los hechos que comenzaban a suceder (Jesús y algunos de los suyos ya habían partido hacia Getsemaní), pero ellos sabían que la lucha había comenzado mucho tiempo atrás, cuando el Arcángel Miguel -príncipe de la milicia celestial- había vencido en la batalla despidiendo del cielo a todos los ángeles que no habían querido servir a Dios.

Eran ellos, los mismos que en el principio, quienes ahora estaban intentando regar con su perfume de podredumbre a todos los cercanos de Jesús. Traición, cobardía, orgullo, envidia, ambición, pereza, ira... ¡Ay amigo! Si supieras el sucio aliento que siguen esparciendo y que respiras sin darte cuenta. Nunca se darán por vencidos los demonios, su alegría es destruir lo más amado por Dios: sus hijos...es decir tú y yo. No te sorprendas de ese empeño, riéte de su ridícula aspiración porque Dios no pierde batallas. El Señor, posee el poder de transformar todo el mal en bien. Como ahora, al pie de la cruz.

Cada ángel se puso en guardia. Lo más importante era que el desaliento y desesperación no arraigara en el alma de sus protegidos. Impulsarlos al arrepentimiento, a la humildad, a la valentía, en algunos casos a la apertura de

corazón para una próxima conversión. Sostenerlos en la fe que Jesús les había enseñado durante 3 años. Darles serenidad ante la adversidad, comprensión hacia los demás y compasión con el enemigo.

Sabían qué voluntades debían mover para cumplir el plan de salvación: el arrepentimiento de Pedro, el cuidado de Juan para con María, mover a Simón de Cirene a ayudar a levantar la cruz tras la caída del Señor, inducir la osadía de Verónica... y tanto bien que hicieron a muchos de forma anónima en ese momento.

Porque hermano, la redención continúa cada día. No es bulliciosa, ni se presenta con el ruido de una tormenta. Continúa con la sencillez del lenguaje de Dios: en lo ordinario, en cumplir ese deber de estado de cada día, en el trabajo, en el descanso, con la familia... ahí los santos ángeles siguen ayudando eficazmente para que el mal no triunfe y seamos felices en la Tierra y luego, para siempre en la eternidad.

¡Únete a nuestros canales!





Ayuda a la
Iglesia Necesitada
ACN INTERNACIONAL

¡Únete a nuestros canales!

